

¿Qué es la agresión?

Teorías sobre la agresión

- ¿Es innata la agresión?
- ¿Es la agresión una respuesta a la frustración?
- ¿Es la agresión un comportamiento social aprendido?

Influencias sobre la agresión

- Incidentes que generan aversión
- Excitabilidad

Influencia de los medios de difusión:
pornografía y violencia sexual

Influencia de los medios de difusión:
la televisión

Influencias grupales

Reducción de la agresión

¿La catarsis?

Una propuesta de aprendizaje social

Post scriptum personal: Reforma de una cultura violenta

Capítulo 10

Agresión: lastimar a los demás

La forma como nos comportamos los unos con los otros pareciera ser cada vez más destructiva. Aunque no se haya cumplido la predicción de Woody Allen de que "alrededor de 1990 el secuestro será el modo dominante de interacción social", las imágenes de violencia de los años noventa han producido horror entre las personas de todo el mundo.

- Los británicos, perplejos por la muerte a golpes de James Bulger de dos años de edad, a manos de dos jovencitos de diez años, y también por el aumento del 84% en la tasa de crímenes violentos entre 1985 y 1995, debatieron acerca de las razones del aumento del salvajismo en una cultura tan gentil en el pasado (ABC, 1995).
- Los alemanes, horrorizados por el asesinato y el hostigamiento a los inmigrantes turcos en manos de los neonazis, condenaron la pérdida del respeto por los valores humanos.
- En Ruanda, unas 500,000 personas (incluida la mitad de la población tutsi) fueron masacradas en el genocidio del verano de 1994.

¿Qué es la agresión?

Teorías sobre la agresión

- ¿Es innata la agresión?
- ¿Es la agresión una respuesta a la frustración?
- ¿Es la agresión un comportamiento social aprendido?

Influencias sobre la agresión

- Incidentes que generan aversión
- Excitabilidad

Influencia de los medios de difusión:
pornografía y violencia sexual

Influencia de los medios de difusión:
la televisión

Influencias grupales

Reducción de la agresión

¿La catarsis?

Una propuesta de aprendizaje social

Post scriptum personal: Reforma de una cultura violenta

Capítulo 10

Agresión: lastimar a los demás

La forma como nos comportamos los unos con los otros pareciera ser cada vez más destructiva. Aunque no se haya cumplido la predicción de Woody Allen de que "alrededor de 1990 el secuestro será el modo dominante de interacción social", las imágenes de violencia de los años noventa han producido horror entre las personas de todo el mundo.

- Los británicos, perplejos por la muerte a golpes de James Bulger de dos años de edad, a manos de dos jovencitos de diez años, y también por el aumento del 84% en la tasa de crímenes violentos entre 1985 y 1995, debatieron acerca de las razones del aumento del salvajismo en una cultura tan gentil en el pasado (ABC, 1995).
- Los alemanes, horrorizados por el asesinato y el hostigamiento a los inmigrantes turcos en manos de los neonazis, condenaron la pérdida del respeto por los valores humanos.
- En Ruanda, unas 500,000 personas (incluida la mitad de la población tutsi) fueron masacradas en el genocidio del verano de 1994.

- En una encuesta entre 12,300 mujeres realizada por el gobierno canadiense, el 29% reportaron ser física o sexualmente atacadas por su pareja (Rodgers, 1994).
- En los Estados Unidos, en donde el mayor control para mantener el orden, el aumento en el número de arrestos y el auge económico llevaron a una disminución en las tasas de criminalidad a mediados de los años noventa, los episodios de agresión reportados continúan aún por encima de un millón al año. La tasa de arrestos por violencia juvenil ha aumentado cinco veces desde 1960. Los estadounidenses, sorprendidos por los robos fortuitos de carros, los asesinatos de turistas en las autopistas de La Florida y las muertes de niños a manos de otros niños armados, “por fin están entendiendo lo que significa el aumento en la oleada de criminalidad y violencia y el desmoronamiento de la familia y la comunidad”, según las palabras del presidente Clinton.
- A nivel mundial, los seres humanos gastamos en armas y ejércitos dos mil millones de dólares diarios; dos mil millones de dólares que podrían servir para alimentar, educar y proteger el medio ambiente de los millones de necesitados del mundo. Durante el siglo que acaba de terminar, 110 millones de personas han muerto en 250 guerras; un número suficiente para poblar una “nación de muertos” con una población mayor a la de Francia, Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia, juntos (Sivard, 1996).

“Cada arma que se fabrica, cada barco de guerra que se bota al mar, cada cohete que se lanza, significa, en última instancia, un robo a quienes tienen hambre y no son alimentados, a quienes tienen frío y no son vestidos”.

El presidente Dwight Eisenhower; discurso ante la Sociedad Americana de Editores de Prensa, 1953

¿Por qué esta propensión a herir a los demás? ¿Es acaso porque, como el mítico minotauro, somos mitad seres humanos y mitad bestias? ¿Qué circunstancias propician las explosiones de hostilidad? ¿Podemos controlar la agresión? Éstas son las preguntas de este capítulo. Sin embargo, es necesario que aclaremos primero el término “agresión”.

¿Qué es la agresión?

Sin duda alguna los *thugs* originales, miembros de una fraternidad criminal en el norte de la India, estaban agrediendo al estrangular a más de dos millones de personas entre 1550 y 1850, aunque aseguraran hacerlo al servicio de una diosa. Pero el término “agresivo” también puede describir a un vendedor dinámico. Aunque los psicólogos sociales discutan sobre cómo debe definirse la agresión, sí están de acuerdo en lo siguiente: debemos especificar nuestro vocabulario para distinguir entre diferentes formas de comportamiento; por una parte, seguro de sí mismo, enérgico o decidido y por otra, comportamientos que lastiman, lesionan o destruyen. Lo primero es seguridad en sí mismo, lo segundo agresión.

El capítulo 5 define la **agresión** como *una forma de comportamiento físico o verbal que tiene la intención de lesionar a alguien*. Esto excluye los accidentes automovilísticos, los tratamientos dentales y los empujones en las aceras. Incluye las bofetadas, los insultos directos e incluso los chismes malintencionados. De manera típica, los investigadores miden la agresión al hacer que las personas decidan qué tanto lesionar a los demás; por ejemplo, qué tanta descarga eléctrica administrar.

Agresión
Comportamiento físico o verbal que tiene la intención de lesionar a alguien

Esta definición incluye dos tipos diferentes de agresión. Los animales presentan una forma de agresión *social* caracterizada por manifestaciones de furia, y otra de agresión *silenciosa* como la que se presenta cuando un predador acecha a su presa. La agresión social y la silenciosa tienen que ver con regiones cerebrales distintas. En los seres humanos los psicólogos denominan a estos dos tipos de agresión: "hostil" e "instrumental". La **agresión hostil** es producto de la ira y su objetivo es herir. La **agresión instrumental** tiene como objetivo herir sólo como medio para alcanzar otro fin. En 1990, los líderes políticos justificaron la guerra del Golfo Pérsico no como un esfuerzo hostil para matar a 100,000 iraquíes, sino como un medio para liberar a Kuwait. La agresión hostil es "caliente"; la agresión instrumental es "fría".

Discernir entre las dos a veces es difícil. Lo que empieza como un acto frío y calculado puede llegar a desencadenar hostilidad. A pesar de ello, los psicólogos sociales encuentran útil esta diferenciación. Por ejemplo, la mayoría de los asesinatos son hostiles. Son explosiones impulsivas y emotivas, cosa que explica por qué los datos recolectados en 110 naciones demuestran que el reforzamiento de la pena de muerte no ha conducido a un menor número de homicidios (Constanzo, 1998; Wilkes, 1987). Pero algunos asesinatos son del tipo instrumental. La mayoría de los cientos de asesinatos perpetrados por la mafia en Chicago desde 1919 han sido fríos y calculados.

Agresión hostil

Agresión impulsada por la ira y que se realiza como un fin en sí misma.

Agresión instrumental

Agresión que es un medio para alcanzar otro fin.

Teorías sobre la agresión

Al analizar las causas de la agresión hostil e instrumental, los psicólogos sociales se han centrado en tres ideas generales: (1) Existe un instinto agresivo innato, (2) la agresión es una respuesta natural a la frustración y (3) el comportamiento agresivo es aprendido.

¿ES INNATA LA AGRESIÓN?

Durante mucho tiempo los filósofos han discutido si la naturaleza humana es fundamentalmente la de un "noble salvaje", benigno y satisfecho, o la de un bruto potencialmente explosivo. La primera opinión, defendida por el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau del siglo XVIII, culpa a la sociedad y no a la naturaleza humana por los males sociales. La segunda, que se asocia con el filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679), considera que las leyes sociales son necesarias para restringir y controlar al bruto humano. En el siglo XX, el punto de vista del "bruto" (que el impulso agresivo es innato y en consecuencia inevitable) fue defendido por Sigmund Freud en Viena y por Konrad Lorenz en Alemania.

Teoría del instinto

Freud postuló que la agresión humana es el resultado de redirigir hacia los demás la energía de un impulso primitivo hacia la muerte (al que, hablando sin tanto rigor, llamó "pulsión de muerte"). Lorenz, que estudió el comportamiento animal, vio la agresión como un fenómeno adaptativo y no autodestructivo. Ambos estuvieron de acuerdo en que la energía agresiva es instintiva. Si no se le da salida, supuestamente se acumula hasta que explota o hasta que un estímulo apropiado la "libera", como cuando un ratón activa

"Nuestra forma de comportarnos unos con otros es el más extraño, el más impredecible y el más inexplicable de todos los fenómenos con los que nos vemos obligados a vivir. En toda la naturaleza no hay nada tan amenazante para la humanidad como la humanidad misma".

Lewis Thomas (1981)

Comportamiento instintivo

Patrón de comportamiento innato, no aprendido, que se manifiesta en todos los miembros de una especie.

la trampa. Aunque Lorenz (1976) también afirmó que tenemos mecanismos innatos para inhibir la agresión (como volvernó indefensos), tuvo reservas respecto a las implicaciones de reforzar nuestro "instinto de lucha" sin hacer lo mismo con nuestras inhibiciones. Este desequilibrio en el enfoque por el cual se liberan las tendencias agresivas, ayuda a explicar por qué más personas han muerto en la guerra en el transcurso del siglo XX, que en toda la historia previa de la humanidad (Sivard, 1991).

La idea de que la agresión es un instinto se desplomó a medida que la lista de los supuestos instintos humanos aumentó tanto, que llegó a incluir casi todas las formas concebibles de comportamiento humano. Casi 6,000 supuestos instintos fueron incluidos en un sondeo de los libros de ciencias sociales, realizado en 1924 (Barash, 1979). Lo que los científicos sociales intentaban hacer era *explicar* el comportamiento social dándole *nombres*. Es tentador jugar este juego de pretender explicar al nombrar: "¿Por qué se mantienen juntas las ovejas?" "Por su instinto de rebaño". "¿Cómo se sabe que tienen un instinto de rebaño?" "Con sólo verlas: ¡siempre están juntas!".

La teoría del instinto tampoco logra explicar la variación en la agresividad que se observa de una persona a otra y de una cultura a otra. ¿Cómo podría un instinto humano compartido, en lo que se refiere a la agresión, explicar la diferencia entre los pacíficos iroquois antes de la llegada de los invasores blancos y los hostiles iroquois después de la invasión?" (Hornstein, 1976). En el mundo actual, las culturas oscilan entre una Noruega no violenta, en donde el asesinato es raro, y los yanomamos suramericanos entre cuyos hombres adultos sobrevivientes, casi la mitad han estado involucrados en un homicidio (Chagnon, 1988). Aunque la propensión humana a agredir pueda no ser calificada de comportamiento instintivo, la agresión sí *tiene* una influencia biológica.

Las tendencias agresivas varían; sin embargo, en ocasiones, nuestros ancestros distantes de hecho encontraron la agresión como algo adaptativo, observan los psicólogos evolucionistas David Buss y Todd Shackelford (1997). El comportamiento agresivo era una estrategia para obtener recursos, defenderse contra los ataques, intimidar o eliminar a los rivales y así quedarse con las hembras y también para disuadir a la pareja de la infidelidad sexual. Buss y Shackelford anotan que el valor adaptativo de la agresión sirve para explicar los niveles relativamente altos de agresión entre los machos a lo largo de la historia humana. "Esto no implica... que los hombres tengan un 'instinto de agresión' en el sentido de una energía acumulada que necesite ser liberada. Por el contrario, los hombres han heredado de sus ancestros exitosos mecanismos psicológicos" que aumentan sus posibilidades de contribuir con sus genes a generaciones futuras.

Influencias neurales

Puesto que la agresión es una forma compleja de comportamiento, no existe un área determinada del cerebro que la controle. Sin embargo, los investigadores han encontrado, tanto en los animales como en los seres humanos, sistemas neurales que facilitan la agresión. Al activar estas áreas del cerebro, la hostilidad aumenta; al desactivarlas, la hostilidad disminuye. En esta forma, los animales dóciles pueden ser llevados a la furia y los furiosos a la sumisión.

En un experimento, los investigadores colocaron un electrodo en un área inhibidora de la agresión, en el cerebro de un mono dominante. Al proporcionársele un botón que activaba el electrodo, un mono pequeño aprendió a pulsarlo cada vez que el mono dominante lo intimidaba. También la activación cerebral funciona con los seres humanos. Después de recibir una estimulación eléctrica indolora en la amígdala (parte de los núcleos cerebrales), una mujer se enfureció y destrozó su guitarra contra la pared; fallando por poco la cabeza de su psiquiatra (Moyer, 1976, 1983).

Influencias genéticas

La herencia influye en la sensibilización del sistema neural a los estímulos agresivos. Hace mucho tiempo se sabe que los animales de muchas especies pueden ser criados para que sean agresivos. En ocasiones esto se hace con fines prácticos (la cría de gallos de pelea). Otras veces con fines investigativos. El psicólogo finés Kirsti Lagerspetz (1979) tomó un grupo de ratones albinos y reprodujo aparte los más agresivos y aparte los menos agresivos. Después de repetir el procedimiento durante 26 generaciones, obtuvo un grupo de ratones furibundos y un grupo de ratones plácidos.

La agresividad varía de manera semejante en los primates y en los seres humanos (Asher, 1987; Olweus, 1979). Nuestro temperamento (qué tan intensos y reactivos seamos) es algo con lo que, en parte, llegamos al mundo, debido a la influencia de la reactividad de nuestro sistema nervioso simpático (Kagan, 1989). Al ser interrogados por separado, los gemelos idénticos tienen más posibilidades que los gemelos fraternos de estar de acuerdo respecto a si tienen o no un "temperamento violento" (Rushton y cols., 1986). La mitad de los gemelos idénticos de criminales convictos (pero tan sólo 1 de 5 de los gemelos fraternos) también tiene antecedentes criminales (Raine, 1993). El temperamento que una persona presenta en la infancia, por lo general perdura (Larsen y Diener, 1987; Silson y Matheny, 1986). Así que, un niño temerario, impulsivo y temperamental, está en riesgo de tener un temperamento violento en la adolescencia (American Psychological Association, 1993). Con la edad, la influencia genética sobre la agresividad aumenta y la influencia familiar disminuye (Miles y Carey, 1997).

Influencias bioquímicas

La química sanguínea también influye en la sensibilidad neural a la estimulación agresiva. Tanto los experimentos de laboratorio como los informes policíacos indican que cuando las personas son provocadas, el alcohol desencadena la agresión (Bushman y Cooper, 1990; Bushman, 1993; Taylor y Chermack, 1993). Las personas violentas tienen una mayor tendencia (1) a beber y, (2) a volverse agresivas cuando están intoxicadas (White y cols., 1993).

Experimentalmente, las personas intoxicadas administran descargas más fuertes o pulsán botones que ocasionan mayor dolor. En el mundo real las personas que han estado bebiendo cometen cerca de la mitad de las violaciones y de otros delitos violentos (Abbey y cols., 1993, 1996; Seto y Barbaree, 1995). En el 65% de los homicidios, el asesino, la víctima o ambos han estado bebiendo (American Psychological Association, 1993). Si los alcohólicos que maltratan físicamente a sus esposas logran superar su problema de alcoholismo con el tratamiento, es típico que su comportamiento violento también



Los genes predisponen al pitbull a la agresividad.

Pregunta: algunos agresores sexuales violentos, en su deseo por liberarse de sus impulsos persistentes y lesivos y de reducir los periodos de prisión, han solicitado la castración, operación menos invasiva que una histerectomía. ¿Deberían satisfacerse sus solicitudes? Si así fuera y si se considera que dejan de estar en riesgo de cometer actos de violencia sexual, ¿deberían reducirse o eliminarse sus periodos de encarcelamiento?

cese (Murphy y O'Farrell, 1996). El alcohol estimula la agresividad al reducir el grado de conciencia de sí mismo y la capacidad para medir las consecuencias (Hull y Bond, 1986; Ito y cols., 1996; Steele y Southwick, 1985). El alcohol desindividualiza y desinhibe.

La agresividad también está relacionada con la hormona sexual masculina, testosterona. Aunque las influencias hormonales parecen tener una relación más fuerte en los animales inferiores que en los seres humanos, las drogas que disminuyen los niveles de testosterona en los machos humanos violentos, logran dominar sus tendencias agresivas. Al oír el pito del buscapersonas electrónico, los individuos con niveles muy altos

de testosterona informan sentirse ligeramente más inquietos y tensos (Dabbs y cols., 1998).

Después de alcanzar la edad de 25 años, los niveles de testosterona y las tasas de criminalidad violenta disminuyen conjuntamente. Dentro de los prisioneros convictos por crímenes violentos no provocados, los niveles de testosterona tienden a ser más altos que entre los que se hallan en prisión por crímenes no violentos (Dabbs, 1992; Dabbs y cols., 1995, 1998). También en el rango normal entre adolescentes y adultos, los que tienen niveles altos de testosterona tienen mayor tendencia a la delincuencia, al consumo de drogas y a tener respuestas agresivas ante la provocación (Archer, 1991; Dabbs y Moris, 1990; Olweus y cols., 1988). Inyectar testosterona a un hombre no lo hace más agresivo, sin embargo, los hombres con niveles bajos de testosterona, de alguna manera tienen menor inclinación a reaccionar agresivamente cuando son provocados. La testosterona es, en cierto modo, como la carga de las baterías. Cargar excesivamente las baterías de una grabadora portátil no la hará tocar más rápido, sin embargo, las baterías con carga baja la harán tocar más lentamente.

Otro culpable, que con frecuencia se encuentra en las escenas de violencia, son los bajos niveles del neurotransmisor serotonina, el mensajero químico que también tiende a estar bajo en las personas deprimidas. Tanto en los primates como en los seres humanos, generalmente hay bajos niveles de serotonina entre los niños y los adultos dados a la violencia. Por otra parte, disminuir en el laboratorio los niveles de serotonina aumenta la reactividad de las personas ante los eventos que ocasionan disgusto y también su deseo de administrar supuestas descargas eléctricas.

Es importante recordar que el tránsito entre la testosterona, la serotonina y el comportamiento es bidireccional. Por ejemplo, la testosterona puede facilitar la dominancia y la agresividad; pero, el comportamiento que pretende dominar y derrotar a los otros, también estimula los niveles de testosterona (Gladue y cols., 1989). Las personas relegadas a un nivel bajo en la escala



Las situaciones de frustración contribuyen a incrementar las reacciones agresivas (cortesía de Roberto Romero)

socioeconómica tienden a tener bajos niveles de serotonina. Los psicólogos evolucionistas han sugerido que puede tratarse de una forma de la naturaleza para prepararlos a afrontar riesgos (Wright, 1995).

Así pues, existen importantes influencias neurales, genéticas y bioquímicas sobre la agresión. Las influencias biológicas predisponen a algunas personas más que a otras a reaccionar agresivamente ante el conflicto y la provocación. Entonces ¿la agresión forma parte de la naturaleza humana en una medida tal que hace que la paz sea algo inalcanzable? La Asociación Americana de Psicología y el Consejo Internacional de Psicólogos se han unido a otras organizaciones para firmar unánimemente una declaración sobre la violencia, elaborada por científicos de una docena de naciones (Adams, 1991): “Es científicamente incorrecto [decir que] la guerra, o cualquier otra forma de comportamiento violento, esté genéticamente programada en nuestra naturaleza humana [o que] la guerra es ocasionada por el ‘instinto’ o por cualquier otra motivación aislada”. Existen pues, como veremos, formas para reducir la agresión humana.

¿ES LA AGRESIÓN UNA RESPUESTA A LA FRUSTRACIÓN?

Es una noche cálida. Cansado y sediento después de dos horas de estudio, usted pide prestado algún dinero a un amigo y se dirige a la máquina de bebidas gaseosas más cercana. Mientras la máquina recibe las monedas, usted casi puede saborear la cola fría y refrescante. Pero, cuando oprime el botón, nada ocurre. Lo oprime nuevamente. Luego activa el botón para devolución de las monedas. Aun así, nada ocurre. De nuevo usted oprime los botones. Los incrusta. Por último, sacude y golpea la máquina. Regresa contrariado a estudiar, con las manos vacías y sin monedas. ¿Debería entonces tener cuidado su compañero de cuarto? ¿En ese momento tiene usted mayor probabilidad de decir o hacer algo lesivo?

Una de las primeras teorías psicológicas sobre la agresión, la popular teoría frustración-agresión, responde que sí. “La frustración siempre conduce a

Frustración

Obstrucción de un comportamiento que se ha dirigido a alcanzar un objetivo.

Desplazamiento

Redirección de la agresión hacia un objeto diferente al de la fuente de frustración.

Por lo general, el nuevo objetivo es más seguro o más aceptable socialmente.

Se debe tener en cuenta que la teoría de la frustración-agresión está diseñada para explicar la agresión hostil y no la agresión instrumental.

alguna forma de agresión", dicen John Dollard y sus colegas (1939, pág. 1). La **frustración** es cualquier cosa (tal como la máquina expendedora descompuesta) que *impide* que logremos un objetivo. La frustración aparece cuando nuestra motivación para lograr una meta es muy fuerte, cuando esperamos gratificación y cuando el impedimento es completo.

Como sugiere la figura 10-1, la energía agresiva no necesariamente explota contra lo que la originó. Aprendemos a inhibir la retaliación directa, especialmente cuando otros la pueden desaprobar o castigar; en lugar de ello *desplazamos* nuestra hostilidad hacia objetivos más seguros. El **desplazamiento** tiene lugar en la vieja anécdota respecto al hombre que, humillado por su jefe, reprocha a su esposa, quien grita a su hijo, quien da un puntapié al perro, el cual muerde al cartero.

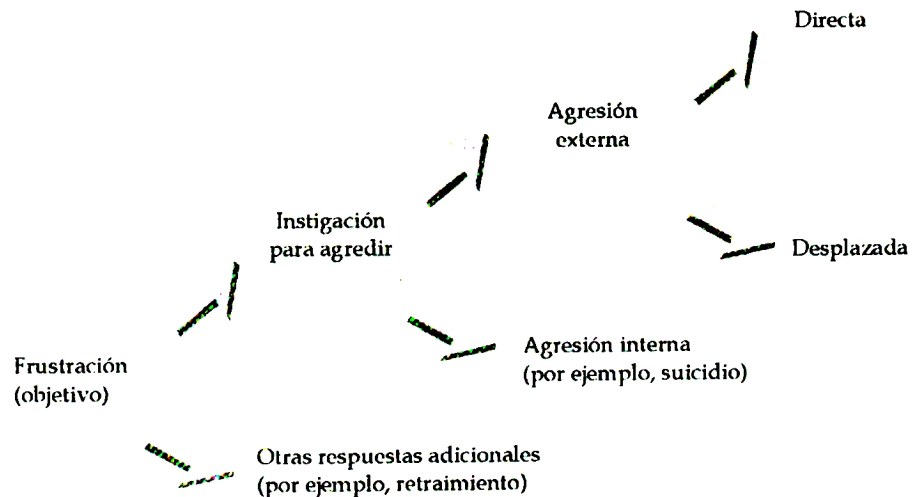
Revisión de la teoría frustración-agresión

Las pruebas de laboratorio sobre la teoría frustración-agresión produjeron resultados contradictorios: a veces la frustración aumentaba la agresividad y a veces no. Por ejemplo, si la frustración era entendible (por ejemplo, si un cooperador interrumpía la solución de un problema en un grupo debido a que su audífono no estaba funcionando correctamente (y no simplemente porque no estuviese prestando atención, como en otro experimento efectuado por Eugene Burnstein y Philip Worchel, 1962), entonces producía irritación pero no agresión. Una frustración justificable sigue siendo frustrante pero desencadena menos agresión que una frustración que percibimos como algo injustificado (Dill y Anderson, 1995).

Leonard Berkowitz (1978, 1989) se dio cuenta de que la teoría original hacía demasiado énfasis en la conexión entre frustración y agresión, así que la revisó. Berkowitz teorizó que la frustración produce *ira*, o sea una disposición emocional para agredir. La ira aparece cuando alguien que nos produce frustración podría haber elegido actuar de otra manera (Averill, 1983; Weiner, 1981). Una persona frustrada está especialmente susceptible a estallar cuando estímulos agresivos expulsan el corcho, liberando así la ira embotellada. En ocasiones, el corcho salta sin necesidad de tales estímulos. Pero los estímulos asociados con la agresión la amplifican (Carlson y cols., 1990).

Figura 10-1**Teoría clásica de la frustración-agresión**

La frustración da origen a un motivo para agredir. El temor al castigo o a la desaprobación por agredir a la fuente de la frustración puede hacer que el impulso agresivo sea desplazado hacia otro objeto o, incluso, redirigido contra uno mismo.



(Basada en Dollard y cols., 1939, y Miller, 1941).

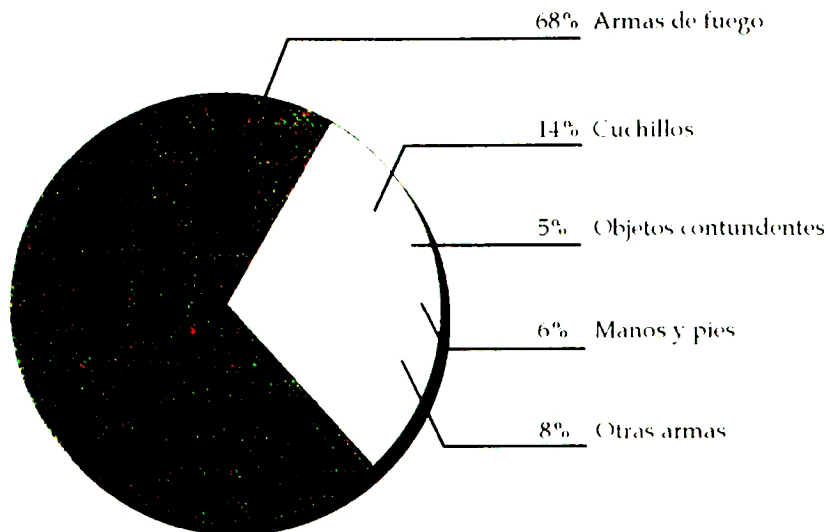


Figura 10-2
Armas utilizadas para cometer asesinatos en los Estados Unidos en 1996.

Fuente: Reporte unificado sobre crímenes del FBI (*FBI Uniform Crime Reports*).

Berkowitz (1968, 1981, 1995) y otros han encontrado que la visión de un arma puede ser ese estímulo, especialmente cuando se percibe como instrumento de violencia y no de recreación. En un experimento, los niños que acababan de jugar con pistolas de juguete tuvieron mayor tendencia a derribar los bloques de otro niño. En otro, un grupo de hombres, en la Universidad de Wisconsin a quienes se había hecho enojar, administraron más descargas eléctricas a su torturador cuando un rifle y un revólver (supuestamente dejados allí como parte de un experimento previo) se encontraban cerca, que cuando se encontraban raquetas de badminton (Berkowitz y LePage, 1967). Las armas de fuego favorecen los pensamientos hostiles (Anderson y cols., 1996). Así que Berkowitz tampoco se sorprende de que la mitad de todos los asesinatos en los Estados Unidos sean cometidos con armas de fuego manuales y que la presencia de éstas en los hogares aumente las posibilidades de matar a alguno de la casa que a un intruso. El mismo autor reporta: “las armas de fuego no solamente permiten la violencia sino que también la pueden estimular. El dedo activa el gatillo, pero el gatillo también puede estar activando el dedo”.

Tampoco se sorprende Berkowitz de que en los países en los que las armas de fuego están prohibidas las tasas de asesinato sean más bajas. Gran Bretaña, comparada con los Estados Unidos, tiene un cuarto de su población pero sólo un dieciseisavo de sus asesinatos. En los Estados Unidos se cometen al año 10,000 homicidios con armas de fuego manuales; en Gran Bretaña alrededor de 10. Vancouver, la Columbia británica y Seattle, Washington, tienen poblaciones, climas, economías y tasas de criminalidad y de ataques similares. La excepción es Vancouver, que restringe estrictamente la posesión de armas de fuego y en donde hay un quinto de asesinatos a mano armada de los que hay en Seattle, es decir, una tasa global de asesinatos 40% más baja (Sloan y cols., 1988). Cuando Washington D.C. puso en vigencia una ley que restringía la posesión de armas de fuego, tanto el número de asesinatos relacionados con armas de fuego como el de suicidios, disminuyeron abruptamente en un 25%. No se presentaron cambios en los métodos de

asesinato o suicidio, ni tampoco en las áreas vecinas al área de alcance de esta ley experimentaron tales disminuciones (Loftin y cols., 1991).

Las armas de fuego no sirven solamente como estímulo a la agresión sino que también establecen una distancia psicológica entre el agresor y la víctima. Así como los estudios de Milgram sobre la obediencia nos enseñaron que la distancia de la víctima facilita la crueldad. Un cuchillo puede matar a alguien, pero un ataque con cuchillo es más difícil que oprimir un gatillo desde la distancia (figura 10-2).

¿Es frustración lo mismo que deprivación?

Imaginemos a alguien que se siente extremadamente frustrado, bien sea económica, sexual o políticamente.

Presiento que usted se está imaginando a alguien económica, sexual o políticamente *deprivado*. Y con razón: cuando las comunidades experimentan pequeños incrementos en el desempleo, las tasas de violencia aumentan (Catalano y cols., 1997). En la medida en que el desempleo disminuyó abruptamente en los Estados Unidos, a mediados de los noventa, también disminuyeron los crímenes violentos.

La frustración puede no estar relacionada con la deprivación. Las personas más frustradas sexualmente probablemente no sean célibes. Las personas más frustradas económicamente probablemente no sean los residentes pobres de las barriadas jamaíquinas. Cuando la miseria económica fue global durante la depresión de los años treinta, la criminalidad con violencia no era notablemente alta. La conclusión a la que llegó en 1969 la Comisión Nacional sobre las Causas y Prevención de la Violencia, fue que el desarrollo económico puede incluso aumentar la frustración, produciendo una escalada en la violencia. Detengámonos a examinar esa conclusión paradójica.

Poco antes del motín de Detroit en 1967 en el que murieron 43 personas y 683 construcciones fueron quemadas, el gobernador de Michigan, George Romney, apareció en el programa de televisión *Encuentro con la prensa (Meet the Press)*. Hizo alarde del liderazgo de su Estado en lo referente a la legislación de los derechos civiles y a los auxilios federales de US\$367 millones destinados a Detroit en los cinco años anteriores. No habían terminado de transmitirse sus palabras cuando un gran sector de población negra de Detroit explotó, dando lugar al peor disturbio civil de este siglo en los Estados Unidos.

La gente estaba perpleja. ¿Por qué Detroit? Aunque las cosas seguían estando mal allí en lo relacionado con la afluencia de población blanca, había peores injusticias en muchas otras partes. La Comisión de Consejería Nacional sobre los Disturbios Civiles (*National Advisory Commission on Civil Disorders*), que se creó para responder a esta pregunta, concluyó que una de las causas psicológicas inmediatas era la frustración causada por las expectativas exacerbadas a raíz de las victorias legislativas y judiciales de los derechos civiles en los años sesenta. Cuando se presenta una "revolución de expectativas en aumento", como ocurrió en Detroit y otras poblaciones, las frustraciones pueden incrementarse, incluso a pesar de que las condiciones mejoren.

Ese principio se cumple en todos los niveles. El grupo de psicólogos y científicos sociales de Ivo y Rosaline Feierabend (1968, 1972) aplicó la teoría de la frustración-agresión en un estudio sobre la inestabilidad política en 84 naciones. Cuando las personas de las naciones en proceso rápido de moderni-

"Yo diría que una persona está deprivada cuando le falta el objeto que en general considera atractivo o deseable; pero que está frustrada, solamente cuando se ha estado adelantando al placer que obtendría de ese objeto y más tarde no puede llenar su expectativa".

Leonard Berkowitz
(1972)

"Los males que se soportan pacientemente cuando parecen ser inevitables, se vuelven intolerables en el momento en que se vislumbra la posibilidad de escapar de ellos".

Alexis de Tocqueville,
1856

zación se urbanizan y mejora el alfabetismo, se vuelven más conscientes de los adelantos materiales. A pesar de ello, puesto que la prosperidad se difunde lentamente, la brecha progresiva entre aspiraciones y logros intensifica la frustración. En consecuencia, en el mismo momento en que la deprivación disminuye, la frustración y la agresión política pueden aumentar. Las expectativas sobrepasan la realidad.

El punto no es que la deprivación real y la injusticia social sean irrelevantes frente a la inestabilidad social; la injusticia puede ser una causa radical, así no sea la causa psicológica inmediata. El punto es el siguiente: *la frustración tiene su origen en la brecha que hay entre las expectativas y los logros.*

¿El dinero alivia la frustración?

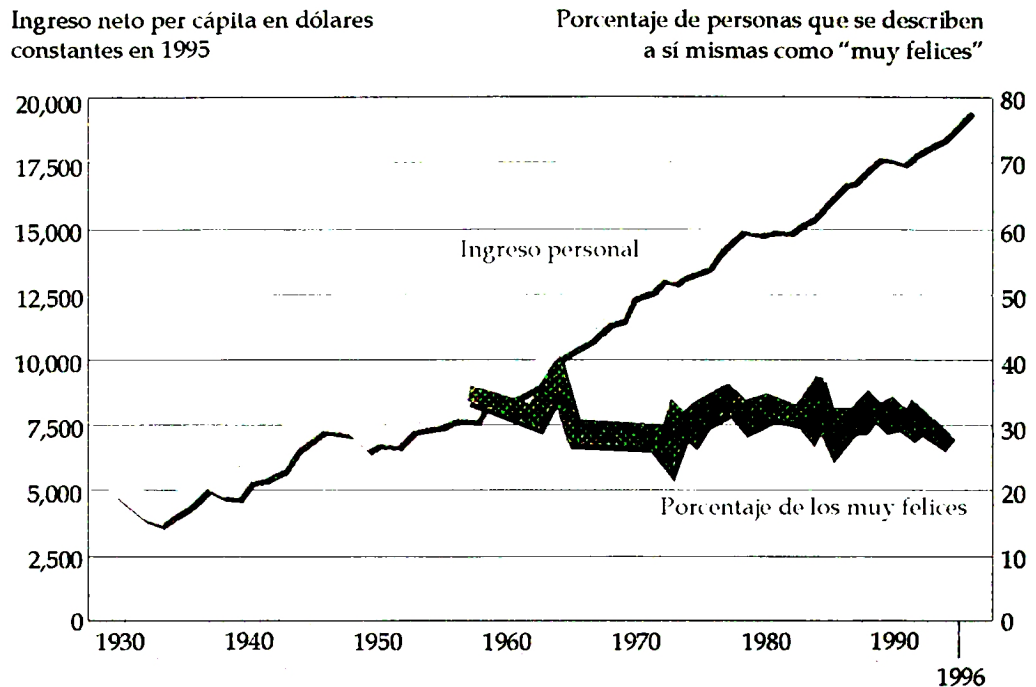
El principio “la frustración es igual a las expectativas menos los logros” nos ayuda a entender por qué la satisfacción económica y la frustración fluctúan. Veamos la siguiente lista de hechos bastante desconcertantes:

- *Primero:* aunque se niegue que “el dinero compra la felicidad”, en general se acepta que un poco más de dinero lograría conseguir *un poco* más de felicidad (Myers, 1993). Por ello fue que entre los universitarios que ingresaban en 1996, “tener una muy buena solvencia financiera” ocupaba el primer lugar de una lista de 19 objetivos, por encima de “educar una familia” y “ayudar a otras familias en dificultad” (Sax y cols., 1996).
- *Segundo:* en las recientes décadas de crecimiento económico, las personas del mundo occidental tienen ingresos mayores (varias veces mayores). Por ejemplo, el estadounidense disfruta del *doble* del ingreso real que a mediados de los cincuenta y tiene la mitad de hijos para gastarlo. La duplicación de los ingresos ha conducido a la duplicación de las compras, lo que incluye el doble de carros por persona, así como de aparatos de televisión a color, cámaras de vídeo, hornos microondas, computadores personales, aire acondicionado y un aumento superior al doble en la frecuencia de comer fuera.
- *Tercero:* las personas de hoy no son más felices aunque hayan obtenido más de ese dinero tan deseado y más posesiones. Por ejemplo, los estadounidenses de los años recientes no tienen mayor tendencia que los de los años cincuenta a reportar que se sienten más felices y satisfechos con su vida. En 1957, el 35% se describían como “muy felices”. En 1996, el 30% dijeron lo mismo (figura 10-3). Por medio de algunos parámetros, como las tasas altamente progresivas de depresión y suicidio entre los adolescentes, el bienestar económico moderno se ha acompañado de un mayor grado de desesperación. Las mismas tendencias (un aumento en la solvencia económica sin que haya aumento en el bienestar) se cumplen en otras naciones, desde Europa a Australia (Cross-National Collaborative Group, 1992; Easterlin, 1995). La observación de Willian Cowper en 1782 ha demostrado ser correcta: “Tal como lo demuestra la naturaleza, la felicidad depende menos de las cosas exteriores de lo que la mayoría supone”.

¿Por qué no nos sentimos más felices y menos frustrados teniendo en cuenta nuestro mayor bienestar económico? ¿Cómo es que los lujos de ayer (televisión a color, aire acondicionado, sistemas de sonido CD) se han convertido en las necesidades de hoy?

Figura 10-3
¿Se compra la felicidad con dinero?

Aunque la capacidad de compra se haya duplicado desde la década de los cincuenta, la felicidad reportada por las personas no ha aumentado.



(Datos sobre el ingreso tomados de *Estadística histórica* y de *Indicadores económicos de los Estados Unidos*. Datos sobre la felicidad citados por Niemi y cols., 1989, y Tom Smith, Comunicaciones personales).

Fenómeno adaptación-nivel

Tendencia a adaptarse a un nivel de estimulación dado y, en consecuencia, a tomar nota y a reaccionar a los cambios que se presentan a partir de dicho nivel.

Segunda ley de Parkinson: los gastos aumentan hasta equivaler al ingreso.

El fenómeno adaptación-nivel. Dos principios desarrollados por psicólogos dedicados a la investigación ayudan a explicar las expectativas crecientes y, por consiguiente, las frustraciones continuas. El **fenómeno adaptación-nivel** implica que los sentimientos de éxito y fracaso, de satisfacción e insatisfacción, están relacionados con los logros previos. Si nuestros logros actuales están por debajo de lo que hemos alcanzado previamente, nos sentimos insatisfechos y frustrados; si sobrepasan ese nivel nos sentimos exitosos y satisfechos.

No obstante, si continuamos alcanzando logros, rápidamente nos adaptamos al éxito. Lo que anteriormente se percibía como agradable se registra ahora como neutro, y lo que anteriormente se percibía como neutro, ahora se siente como una privación. Esto ayuda a explicar por qué, a pesar del rápido aumento en el ingreso real durante las últimas décadas, la persona promedio no es más feliz.

La mayoría de nosotros hemos experimentado el fenómeno adaptación-nivel. Más bienes de consumo, logros académicos y prestigio social, conducen a un sentimiento inicial de placer. Sin embargo, muy rápidamente el sentimiento declina. En ese momento necesitamos un nivel más alto aún para experimentar otra oleada de placer. Philip Brickman y Donald Campbell (1971) anotan que "en el preciso instante en que contemplamos nuestra satisfacción por un logro dado, la satisfacción se desvanece para ser remplazada finalmente por una nueva indiferencia y un nuevo nivel de esfuerzo.

El estudio de los ganadores de las loterías estatales ilustra lo anterior. Brickman y sus colegas, Dan Coates y Ronnie Janoff-Bulman (1978), encontraron que al comienzo es típico que los ganadores se sientan eufóricos:

“Ganarme la lotería ha sido una de las mejores cosas que jamás me haya ocurrido”. A pesar de ello, la felicidad general reportada por ellos mismos no aumentó. De hecho, las actividades ordinarias que previamente les complacían, como leer o disfrutar de un buen desayuno se volvieron menos placenteras. Aparentemente, ganarse la lotería fue un estímulo emocional tal que, en comparación, los placeres ordinarios empalidecieron.

Deprivación relativa. La insatisfacción que sobreviene al adaptarse a nuevas alturas, generalmente se acrecienta cuando nos comparamos con los demás. Los sentimientos de bienestar de los trabajadores depende de si su compensación es equitativa comparada con la de aquellos que realizan el mismo tipo de trabajo (Yuchtman, 1976). Un aumento salarial para los agentes de policía de la ciudad, aunque les levante temporalmente la moral, puede bajársela a los bomberos.

Gran parte de la vida gira alrededor de las comparaciones sociales. Nos sentimos apuestos cuando los demás parecen feos, inteligentes cuando los demás parecen torpes y afectuosos cuando los demás parecen insensibles. Cuando somos testigos del desempeño de nuestros pares no podemos resistir la tentación de compararlos con nosotros mismos (Gilbert y cols., 1995). Por ello, es posible que en privado, sintamos cierto placer por el fracaso de nuestro compañero; aunque en especial, por el fracaso o la desgracia de una persona envidiada (Smith y cols., 1996). Nuestras comparaciones sociales espontáneas influyen en nuestras emociones más que todo por nuestra posición relativa que absoluta. William Klein (1997) hizo esta observación al pedir a un grupo de personas que se imaginaran que tenían una posibilidad del 30% o del 60% durante su vida de sufrir algún evento desafortunado (ocasionar un accidente automovilístico, desarrollar una enfermedad pancreática). A quienes se les dijo que tenían una posibilidad del 60%, cuando se les informó que el promedio era del 80% se sintieron conductores más seguros y menos molestos por su diagnóstico que a quienes se les dijo que tenían una posibilidad del 30%, cuando el promedio era del 10%.

Gran parte del sufrimiento se presenta al compararse con los demás. Cuando se experimenta un incremento en el bienestar económico, el posición social o los logros, se aumentan los estándares de evaluación de los propios logros. Al sentirse bien y ascender en la pendiente del éxito, se suele mirar hacia arriba, no hacia abajo (Gruder, 1997; Suls y Tesch, 1978; Wheeler y cols., 1982). Particularmente en personas con una autoestima poco estable, esta “comparación hacia arriba” puede producir sentimientos de **deprivación relativa** (Collins, 1996; Wood, 1989).

Tales sentimientos predicen las reacciones de los grupos minoritarios ante las desigualdades percibidas en los Estados Unidos y Canadá (Dion, 1985). La deprivación relativa explica por qué las mujeres que ganan menos que los hombres, trabajando en las mismas ocupaciones, solamente se sienten mal pagadas si se comparan con sus colegas hombres que si lo hacen con las otras mujeres (Bylsma y Major, 1994; Zanna y cols, 1987). Y también explica por qué los alemanes orientales se revelaron contra su régimen comunista: tenían un estándar de vida más alto que algunos de los países de Europa oriental, pero frustrantemente más bajo que el de sus vecinos de Alemania Occidental (Baron y cols., 1992).

“Las personas nunca son felices durante mil días”.

Proverbio chino

“Una casa puede ser grande o pequeña; mientras las casas que la rodean sean igualmente pequeñas, satisface todas las demandas sociales de una vivienda. Pero en el momento en que se construya un palacio junto a la pequeña casa, ésta se encoge convirtiéndose en una choza”.

Karl Marx

Deprivación relativa
Percepción de que uno es menos adinerado que aquellos con quienes se compara.

“La insatisfacción de la mujer es directamente proporcional a su nivel de desarrollo”.

Elizabeth Cady Stanton 1815-1902.
sufragista estadounidense

El término *deprivación relativa* fue acuñado por investigadores que estudiaban la satisfacción que sentían los soldados estadounidenses en la segunda guerra mundial (Merton y Kitt, 1950; Stouffer y cols, 1949). Irónicamente, los de la Fuerza Aérea se sentían *más* frustrados por su propia tasa de ascensos que los de la Policía Militar, para quienes los ascensos eran más demorados e impredecibles. La tasa de ascensos de la Fuerza Aérea era rápida y probablemente, la mayor parte de sus miembros tenían una percepción de sí mismos de superioridad respecto al miembro promedio de la misma Fuerza Aérea (predisposición al servicio del yo). Así pues, sus aspiraciones se remontaban más allá que sus logros. ¿Cuál era el resultado? La frustración. Y donde hay frustración, en general, ésta va seguida de agresión.

Una posible fuente de la frustración actual es el bienestar económico que se ofrece en los anuncios comerciales y los programas de televisión. En las culturas en las que el televisor es un aparato de presencia universal, éste contribuye a convertir la deprivación absoluta (no tener lo que los demás tienen) en deprivación relativa (la sensación de estar deprivado). Karen Hennigan y sus colaboradores (1982) analizaron las tasas de criminalidad en ciudades estadounidenses en la época de la introducción de la televisión. En 34 ciudades en las que se difundió la tenencia del televisor en 1951, la tasa de robos en ese año (para delitos tales como hurto en los almacenes y robo de bicicletas) tuvo un incremento notorio. En otras 34 ciudades en las que una decisión gubernamental había retardado la introducción de la televisión hasta 1955, se presentó un incremento similar en las tasas de robo en ese mismo año.

Algunas conclusiones. Los principios de adaptación-nivel y deprivación relativa tienen una implicación que invita a la reflexión: buscar la satisfacción por medio de los logros materiales requiere de un bienestar económico continuamente mayor, simplemente con el fin de mantener la satisfacción. Platón dijo "la pobreza no consiste en la disminución de las posesiones sino en el aumento de la codicia".

Afortunadamente la adaptación también nos permite acomodarnos en el sentido opuesto, bien sea que escojamos o que nos veamos forzados a simplificar nuestra vida. Si nuestro poder adquisitivo disminuye, inicialmente sentimos algún dolor. Pero eventualmente nos adaptamos a la nueva realidad. En el periodo subsiguiente al alza de los precios de la gasolina en los años setenta, los norteamericanos pudieron reducir de manera sustancial su "necesidad" de tener carros grandes con alto consumo de gasolina. Incluso los parapléjicos, los ciegos y otras personas con impedimentos físicos severos, por lo general manifiestan una notoria capacidad para acomodarse. Se adaptan a su discapacidad y logran el nivel de satisfacción de una vida normal o cercana a la normal (Brickman y cols., 1978; Chwalisz y cols., 1988; Schulz y Decker, 1985). Las víctimas de incidentes traumáticos con seguridad deben envidiar a quienes no están paralíticos, así como muchos de nosotros envidiamos a quienes se han ganado la lotería estatal. Sin embargo, después de un periodo de ajuste, el hecho sorprendente es que ninguno de esos tres grupos difiere sustancialmente de los demás en su grado de felicidad momento a momento. Los seres humanos tenemos una enorme capacidad de adaptación.

"Todos aquellos deseos, más allá de los que un ingreso muy moderado pueda proveer, son puramente imaginarios".

Henry St. John, *Carta a Swift*, 1719

"No importa qué tan grandes sean las discrepancias entre los diferentes grupos humanos; siempre existe un cierto balance de alegría y de pena que a todos los nivela".

La Rochefoucauld, *Máximas*, 1665

Finalmente, las experiencias que disminuyen nuestros estándares comparativos pueden renovar nuestra satisfacción. Un grupo de investigación encabezado por Marshall Dermer (1979) hizo que un grupo de mujeres de la Universidad de Winsconsin, Milwaukee, realizara una serie de ejercicios imaginativos de privación. Tras observar varias descripciones de lo sombrío que era la vida en Milwaukee en 1900, o después de imaginarse y luego escribir sobre estar quemado o desfigurado, las mujeres expresaron mayor satisfacción con sus propias vidas. En otro experimento, Jennifer Crocker y Lisa Gallo (1985) encontraron que quienes completaban cinco veces la frase "Estoy contento de no ser...", después se sentían menos deprimidos y más satisfechos con la vida que quienes habían completado frases que empezaban con "Me gustaría ser...". Es por esto que las personas que se enfrentan con una amenaza personal, con frecuencia buscan el lado bueno y refuerzan su autoestima al compararse con los de más abajo (Gibbons y Gerrard, 1989; Reis y cols., 1993; Taylor, 1989). El darse cuenta de que los demás están peor sirve para sentirse mejor consigo mismo.

¿ES LA AGRESIÓN UN COMPORTAMIENTO SOCIAL APRENDIDO?

Las teorías sobre la agresión que se basan en el instinto y la frustración suponen que los impulsos de hostilidad hacen erupción a partir de emociones internas, que de forma natural "empujan" la agresión desde dentro. Los psicólogos sociales sostienen que el aprendizaje también "gatilla" la agresión fuera de nosotros.

Los beneficios de la agresión

Por la experiencia y la observación de los demás aprendemos que con frecuencia la agresión genera ganancias secundarias. Los experimentos han podido transformar a los animales de dóciles criaturas en luchadores feroces. Por otra parte, las grandes derrotas producen sumisión (Ginsburg y Allee, 1942; Kahn, 1951; Scott y Marston, 1953).

También las personas pueden aprender sobre las recompensas de la agresión. Un niño cuyos actos agresivos logran intimidar a otros niños tendrá más probabilidad de volverse cada vez más agresivo (Patterson y cols., 1967). Los jugadores agresivos de hockey (los que cometen faltas con más frecuencia por jugar rudamente) marcan más tantos que los jugadores no agresivos (McCarthy y Kelly, 1978a, 1978b). Los jugadores de hockey adolescentes, cuyos padres están de acuerdo con el juego físicamente agresivo, son los que manifiestan las actitudes más agresivas en su estilo de juego (Ennis y Zanna, 1991). En estos casos, la agresión es instrumental para conseguir ciertos logros.

La violencia colectiva también puede producir dividendos. Después del motín de 1980 en el vecindario de Liberty City en Miami, el presidente Carter viajó hasta esta localidad para manifestarles personalmente a los residentes su preocupación y anunciarles la llegada de ayuda federal. Después del motín de Detroit en 1967, la compañía automotriz Ford intensificó sus esfuerzos para contratar a trabajadores de las minorías, lo que estimuló al comediante Dick Gregory a que hiciera la siguiente broma: "El verano pasado el fuego llegó muy cerca de la planta de la Ford. No chamusques los Mustangs, nene". Después de que los motines de 1985 en Sudafrica se intensificaron, el gobierno derogó las leyes que prohibían los matrimonios mixtos, ofreció restaurar los "derechos de ciudadanía" de los negros (lo que no incluía el derecho a

votar) y eliminó las antiguas y detestadas leyes que controlaban el movimiento negro. El punto no es que las personas planeen de manera consciente los motines por el valor instrumental que éstos tengan, sino que la agresión a veces ofrece compensaciones. Como mínimo, capta la atención.

Esto mismo es cierto para los actos terroristas que permiten que personas inofensivas capten ampliamente la atención. “Mata a uno e intimida a diez mil”, afirma un antiguo proverbio chino. En esta era de comunicaciones globales, matar sólo a unos cuantos puede atemorizar a decenas de millones; esto ocurrió cuando las muertes de 25 estadounidenses a manos de terroristas, ocurridas en varios incidentes en 1985, infundieron más temor en el corazón de los viajeros que la muerte de 46,000 en accidentes automovilísticos, o cuando el atentado terrorista a un edificio federal en la ciudad de Oklahoma, en 1995, captó la atención de toda la nación. Deprivado de lo que Margaret Thatcher llamó “el oxígeno de la publicidad”, el terrorismo con seguridad disminuiría, concluyó Jeffrey Rubin (1986). Es algo semejante a los incidentes de los años setenta en los que espectadores desnudos corrían a través de los campos de fútbol para lograr aparecer en televisión unos cuantos segundos. En el momento en que las cadenas de televisión decidieron no tener en cuenta los incidentes, el fenómeno cesó.

Aprendizaje por observación

Teoría del aprendizaje social

Teoría que dice que aprendemos el comportamiento social observando e imitando y siendo premiados y castigados.

Albert Bandura (1997) propuso una **teoría del aprendizaje social** de la agresión. Él cree que aprendemos la agresión no solamente al experimentar beneficios sino también observando a los demás. Como ocurre con la mayoría de las formas de comportamiento social, aprendemos la agresión observando cómo actúan los demás y tomando nota de sus consecuencias.

Imagine la siguiente escena de uno de los experimentos de Bandura (Bandura y cols., 1961). Un niño de un jardín preescolar en Stanford es puesto a trabajar en una interesante actividad artística. Un adulto se encuentra en otra parte del salón donde hay *Tinker Toys*, un martillo y una gran muñeca inflada. Después de un minuto de trabajar con los *Tinker Toys*, el adulto se levanta y durante casi diez minutos ataca a la muñeca inflada. La golpea con el martillo, le da puntapiés, la arroja al piso, mientras grita, “Dale una trompada en la nariz... derribalo... patéalo”.

Después de observar este arrebato, el niño va a un salón diferente con muchos juguetes muy llamativos. Después de dos minutos la experimentadora interrumpe diciendo que éstos son sus mejores juguetes y que debe “guardarlos para los otros niños”. El niño frustrado va entonces a otro cuarto con varios juguetes de juego agresivo y no agresivo, dos de los cuales son una muñeca *Bobo* y un martillo.

Los niños que no estuvieron expuestos al modelo de agresión manifestado por el adulto, excepcionalmente jugaron o charlaron agresivamente. A pesar de estar frustrados, jugaron con calma. Los que habían observado al adulto agresivo, tuvieron muchas más probabilidades de tomar el martillo y atacar a la muñeca. Observar el comportamiento agresivo del adulto disminuyó sus inhibiciones. Más aún, con frecuencia los niños repitieron los ademanes del modelo y sus palabras. Observar el comportamiento agresivo había logrado tanto disminuir sus inhibiciones como enseñarles formas de agredir.

Bandura (1979) cree que la vida diaria nos expone a modelos de agresión en la familia, la subcultura y los medios masivos de comunicación.

La familia. Los hijos de padres punitivos físicamente tienden a utilizar la agresión en sus relaciones con los demás. Sus padres con frecuencia los disciplinaban gritándoles, dándoles palmadas y golpeándolos, es decir, mostrándoles un modelo de agresión como método para manejar los problemas (Patterson y cols., 1982). Por lo general, estos padres también habían tenido padres físicamente punitivos (Bandura y Walters, 1959; Straus y Gelles, 1980). Aunque la mayoría de los niños maltratados no se convierten en delincuentes ni en padres maltratadores, el 30%, en efecto, posteriormente maltratan a sus propios hijos, es decir, cuatro veces más que la tasa de maltrato a nivel nacional (Kaufman y Zigler, 1987; Widom, 1989). Dentro de las familias, la violencia por lo general conduce a más violencia.

La influencia familiar también se observa, con tasas más altas de violencia, en las culturas y familias en las cuales el padre desempeña un papel irrelevante (Triandis, 1994). El Departamento de Estadísticas de Justicia de los Estados Unidos (*U.S. Bureau of Justice Statistics*) reporta que el 70% de los jóvenes detenidos no crecieron junto a sus dos progenitores (Beck y cols., 1988). Las familias con los dos progenitores difieren no solamente por un mayor cuidado y disciplina positiva que los padres transmiten, sino también por niveles de pobreza más bajos y logros educativos más altos. La correlación entre la ausencia de uno de los padres (usualmente la del padre) y la violencia, se mantiene constante en las diferentes razas, niveles de ingreso, de educación y de ubicación (Staub, 1996; Zill, 1988).

La misma correlación se conserva a través del tiempo. En los Estados Unidos, en 1960, poco más de 1 entre 10 niños no vivían con los dos padres y solamente 16,000 menores fueron arrestados por crímenes violentos. En cambio, en 1995, 3 de 10 niños no vivían con los dos padres; y en una muestra de población de menores de tamaño similar, se produjeron más de 100,000 arrestos por crímenes violentos. El punto no es que los hijos de hogares con un padre ausente sean proclives a convertirse en delincuentes o en personas violentas (al ser criados por una madre afectuosa y una familia extensa, tales rasgos no se desarrollan en la mayoría de estos niños). Pero el riesgo es mayor. La situación, al parecer, tiene importancia.

La subcultura. El medio social fuera del hogar también ofrece modelos. En las comunidades en las que el modelo del "macho" es admirado, la agresión se transmite fácilmente a las nuevas generaciones (Cartwright, 1975; Short, 1969). Por ejemplo, la subcultura violenta de las pandillas juveniles ofrece a sus miembros más jóvenes modelos de agresión. En los eventos deportivos tales como los partidos de fútbol, la violencia entre los jugadores precede a la mayoría de los incidentes de violencia entre los hinchas (Goldstein, 1982).

Richard Nisbett (1990, 1993) y Dov Cohen (1996) han explorado el efecto de la subcultura. Ellos reportan que en los Estados Unidos la gente blanca, sobria y cooperativa que se estableció en Nueva Inglaterra y en la región media del Atlántico, consolidó una cultura diferente a la de la gente blanca, aventurera y preservadora del honor (muchos de los cuales son mis ancestros escoceses e irlandeses), que se estableció en gran parte al sur. Los primeros eran dignos artesanos y granjeros y los segundos cazadores y pastores. Hasta la actualidad, las ciudades estadounidenses y las áreas que fueron pobla-

das por los sureños, tienen tasas de homicidio entre blancos mucho más altas que las pobladas por los norteños. Por ejemplo, la faja territorial de Texas (cuyos moradores vienen de la parte más septentrional del sur) tiene tasas de homicidio entre los blancos, cuatro veces más altas que las de Nebraska (cuyos moradores vienen del este, del medio oeste y de Europa). En la franja territorial de Texas, incluso los pueblos con tasas bajas de pobreza, tienen tasas de homicidio mucho más altas que la de los pueblos en Nebraska con altas tasas de pobreza.

No es la violencia en general lo que los sureños están más inclinados a propugnar, sino la violencia que protege la propiedad y el honor y la violencia que castiga (Nisbett y Cohen, 1996). El 18% de los hombres blancos no sureños y el 36% de los hombres blancos sureños están de acuerdo en que "un hombre tiene derecho a matar para defender su hogar". Los hombres blancos sureños tienen una posibilidad dos veces mayor que los hombres blancos del medio oeste rural, de informar que tienen armas para su protección. También los sureños apoyan más fervientemente las guerras y están a favor de las palizas (tomando así como modelo la violencia en las relaciones sociales).

Así pues, las personas aprenden las respuestas agresivas tanto a través de la experiencia como también por medio de la observación de modelos agresivos. ¿Pero en qué casos se presentarán en realidad las respuestas agresivas? Bandura (1979) sostiene que los actos agresivos están motivados por una variedad de experiencias (que producen aversión), como la frustración, el dolor y el insulto (figura 10-4). Tales experiencias nos exaltan emocionalmente. Pero el que actuemos o no de manera agresiva, depende de las consecuencias que anticipemos. Hay una mayor probabilidad de agresión cuando estamos exaltados y tenemos la impresión de que es seguro y ventajoso agredir.

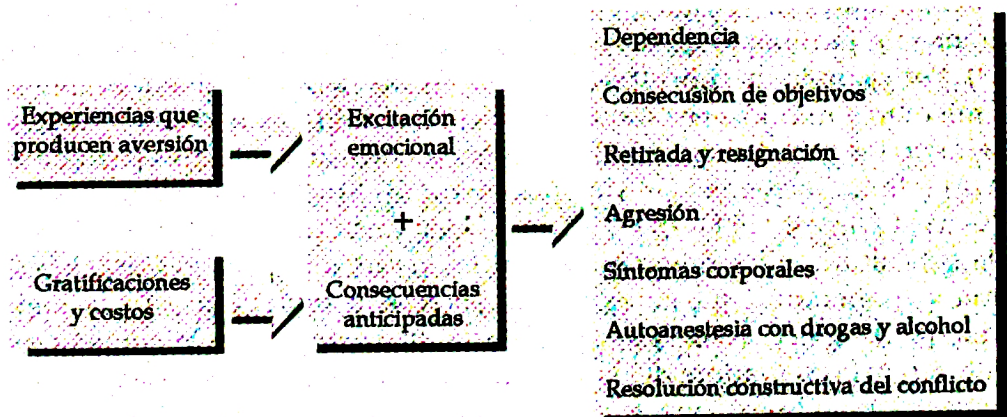
Resumen La agresión se manifiesta de dos maneras: *agresión hostil*, que se origina a partir de emociones como la

ira y cuya intención es lesionar y la *agresión instrumental*, que es un medio para alcanzar otro fin.

Figura 10-4

El punto de vista del aprendizaje social de la agresión

La excitación emocional que tiene origen en una experiencia agresiva motiva a la agresión. Que sea la agresión o cualquier otra respuesta la que en realidad se presente, depende de las consecuencias que hayamos aprendido a esperar.



(Basado en Bandura, 1979, 1997).

Hay tres grandes teorías sobre la agresión. El punto de vista *instintivo* que, por lo general, se asocia con Sigmund Freud y Konrad Lorenz, y que defiende que la energía agresiva se acumula desde dentro, como el agua que se acumula tras una presa. Aunque la evidencia disponible ofrezca poco apoyo a este punto de vista, la agresión *está* biológicamente influenciada por la herencia, la química sanguínea y el cerebro.

De acuerdo con el segundo punto de vista, la *frustración* es causa

de ira y hostilidad. Cuando se presentan estímulos agresivos, esta ira puede provocar agresión. La frustración se origina no tanto de la privación en sí misma como de la brecha entre expectativas y logros.

El punto de vista del *aprendizaje social* considera la agresión como una forma de comportamiento aprendido. A través de la experiencia y la observación del éxito de los demás, a veces aprendemos que la agresión produce ganancias.

Influencias sobre la agresión

¿Bajo qué condiciones agredimos? Los factores que "gatillan" la agresión incluyen los incidentes que generan aversión, la excitación, los medios de comunicación y el contexto grupal.

INCIDENTES QUE GENERAN AVERSIÓN

La fórmula para la agresión con frecuencia incluye no solamente la frustración sino algún otro tipo de experiencia que produzca aversión, tales como el dolor, el calor desagradable, el ser atacado o la aglomeración excesiva.

Dolor

El investigador Nathan Azrin quiso averiguar si desconectar las descargas eléctricas de los pies de dos ratas reforzaría las interacciones positivas de la una con la otra. Azrin iniciaba la descarga y luego, en el momento en que las ratas se acercaban la una a la otra, la suspendía. Para gran sorpresa suya, el experimento demostró ser imposible. Tan pronto como las ratas sentían dolor se atacaban mutuamente antes de que el experimentador pudiera suspender la descarga. Entre mayor era la descarga (y por consiguiente el dolor), más violento era el ataque.

¿Se cumple esto solo con las ratas? Los investigadores han encontrado que dentro de una gran variedad de especies, la crueldad que los animales se infligen mutuamente se corresponde muy de cerca con la crueldad impuesta sobre ellos. Tal como lo explico Azrin, (1967) la respuesta dolor-ataque se presenta

en muchas cepas diferentes de ratas. Posteriormente encontramos que la descarga originaba el ataque cuando parejas de las siguientes especies eran enjauladas juntas: algunas clases de ratones, hamsters, zarigüeyas, mapaches, tities, zorros nutrias, gatos, tortugas mordedoras, monos ardilla, hurones, ardillas rojas, gallitos de bantam, caimanes, cigalas, antiumas (un antibió) y varias especies de serpientes como la boa constrictor, la cascabel, la parda cazadora de ratas, la boca de algodón, la víbora cobriza y la serpiente negra. La reacción descarga-ataque estuvo claramente presente en diferentes clases de animales. En todas las especies en las que se produjo la descarga el ataque fue rápido y sistemático — como al oprimir un botón — de la misma manera que en las ratas.

Las normas éticas actuales restringen el uso de estímulos eléctricos por parte de los investigadores



Reacción dolor-ataque. Después de recibir una descarga o cualquier otro estímulo doloroso, muchos animales atacarán automáticamente a cualquier otro animal que se encuentre a su alcance.

Los animales no fueron muy melindrosos respecto a sus objetivos. Estuvieron dispuestos a atacar a otros animales de su misma especie, a otros de especies diferentes, a muñecas rellenas o incluso a pelotas de tenis.

Los investigadores también cambiaron la fuente de dolor. Encontraron que no solamente las descargas inducen el ataque; también suscitaron la misma reacción las descargas, el calor intenso y el "dolor psicológico" (por ejemplo, el dejar de alimentar de forma súbita a palomas entrenadas a esperar grano tras golpear con el pico un disco. "El dolor psicológico" es, por supuesto, lo que llamamos frustración.

También en los seres humanos el dolor estimula la agresividad. Muchos de nosotros podemos recordar cierto tipo de reacción cuando nos golpeamos un dedo del pie o tenemos dolor de cabeza. Leonard Berkowitz y sus colaboradores demostraron lo anterior al pedir a un grupo de estudiantes de la Universidad de Wisconsin que colocaran una mano o bien en agua tibia o bien en agua extremadamente fría. Quienes tenían la mano sumergida en el agua fría reportaron sentirse más irritables y deseosos de gritar a otra persona que producía un ruido desagradable. Ante tales resultados Berkowitz (1983, 1989) quedó convencido de que los estímulos que generan aversión son el gatillo básico de la agresión hostil; más que la frustración. Ciertamente, la frustración es un tipo importante de sensación desagradable. Pero cualquier evento que produzca aversión, sea éste una expectativa truncada, un

insulto personal o el dolor físico, puede desencadenar un estallido emocional. Incluso el tormento de un estado de depresión aumenta la probabilidad de que se presente un comportamiento agresivo hostil.

Calor

Se ha teorizado durante siglos respecto al efecto del clima en la actividad humana. Hipócrates (hacia el 460-377 a.C.), al comparar la Grecia civilizada de su tiempo con el barbarismo de lo que ahora conocemos como Alemania y Suiza, creía que la causa era el clima severo del norte de Europa. Posteriormente, los ingleses



Dolor ataca. Al encontrarse frustrados después de perder algunos asaltos, algunos boxeadores reaccionan atacando en más agresividad.

atribuían su cultura "superior" al clima ideal de Inglaterra. Los pensadores franceses proclamaron lo mismo para Francia. Puesto que el clima permanece constante mientras que los rasgos culturales cambian, la teoría del clima sobre la cultura, obviamente, tiene una validez limitada.

Sin embargo, las variaciones temporales del clima pueden afectar el comportamiento. Los olores desagradables, el humo del cigarrillo y la polución del aire han sido relacionados con el comportamiento agresivo (Rotton y Frey, 1985). Pero la influencia medioambiental más estudiada ha sido el calor. William Griffitt (1970; Griffitt y Veitch, 1971) encontró que al estudiar comparativamente estudiantes que respondieron cuestionarios en un salón con temperatura normal, con los que lo hicieron en un salón desagradablemente cálido (por encima 90 F), éstos últimos reportaron sentirse más cansados y agresivos y expresaron mayor hostilidad hacia un extraño. Los experimentos de seguimiento revelan que también el calor desencadena acciones de represalia (Bell, 1980; Rule y cols., 1987).

¿En el mundo real el calor incómodo aumenta la agresión tanto como lo hace en el laboratorio? Veamos:

- Los motines ocurridos en 79 ciudades de los Estados Unidos entre 1967 y 1971 tuvieron mayor probabilidad de suceder en días cálidos que en días frescos.
- Cuando el clima es cálido, hay mayor probabilidad de que se produzcan crímenes violentos. Se ha encontrado que esto es cierto en
 - Des Moines (Cotton, 1981)
 - Dayton (Rotton y Frey, 1985)
 - Houston (Anderson y Anderson, 1984)
 - Indianapolis (Cotton, 1986)
 - Dallas (Harries y Stadler, 1988) y
 - Minneapolis (Cohn, 1993)
- No solamente los días más calientes tienen una mayor incidencia en los crímenes violentos; también lo tienen las estaciones más calurosas

del año, los veranos más calientes, los años más calurosos, las ciudades más cálidas y las regiones más calientes de Europa occidental (Anderson y Anderson, 1996; Anderson y Anderson, en imprenta). Suponiendo que el anunciado calentamiento global se presente, Craig Anderson, Brad Bushman y Ralph Groom (1997) hacen la proyección de que para mediados del siglo XXI, solamente en los Estados Unidos se verá anualmente un mínimo de 115,000 agresiones más.

- Durante las oleadas de calor en Phoenix, Arizona, los conductores que no tienen aire acondicionado tienen mayor probabilidad de pitar a un automóvil descompuesto que se detiene (Kenrick y MacFarlane, 1986).
- Durante las temporadas de béisbol de las ligas mayores, entre 1986 y 1988, el número de bateadores golpeados por el lanzador fue dos tercios más alto durante los juegos realizados por encima de los 90°F que durante los realizados por debajo de los 80°F (Reifman y cols., 1991). No es que los lanzadores estuvieran más descontrolados durante los días cálidos (no tuvieron más carreras ni lanzamientos desafortunados). Simplemente le “pegaron” a más bateadores.

¿Demuestran estos hallazgos de la vida real que la incomodidad producida por el calor estimula directamente la agresividad? Aunque la conclusión pareciera plausible, estas *correlaciones* entre temperatura y agresión no lo demuestran. Ciertamente que las personas podrían estar más irritables en un clima cálido y húmedo. También en el laboratorio, las altas temperaturas aumentan la excitabilidad y los pensamientos y sentimientos hostiles (Anderson y cols., 1995). No obstante, puede haber otros factores asociados. Tal vez las noches cálidas de verano hacen que las personas salgan a las calles. Estando allí, otros factores de influencia grupal bien pueden tener lugar. A juzgar por los experimentos sobre estimulación agresiva y agresión grupal, mi presentimiento es que tal comportamiento es estimulado *tanto* por el calor *como* por el grupo.



Los motines tienen más probabilidad de presentarse durante las épocas cálidas de verano (fotografía El Espectador).

“Os ruego, buen Mercucio, retirémonos; el día es caluroso, los Capuletos andan fuera y si nos los encontrásemos, no escaparemos a una gresca; que es ahora, en estos días de bochorno que en la sangre se agita el desenfreno”.

Shakespeare, *Romeo y Julieta*

Ataques

Ser atacado o insultado por alguien es algo que especialmente conduce a la agresión. Los experimentos realizados en la Universidad Estatal de Kent por Stuart Taylor (Taylor y Pisano, 1971), en la Universidad Estatal de Washington por Harold Dengerink (Dengerink y Myers, 1977) y en la Universidad de Osaka por Kennichi Ohbuchi y Toshihiro Kambara (1985), confirman que los ataques intencionales conducen a ataques en represalia. En la mayoría de estos experimentos una persona compete con otra en un concurso de reacción contra reloj. Después de cada ensayo de prueba, el ganador decide qué tanta descarga administrar al perdedor. En realidad, cada sujeto está jugando con un oponente programado que progresivamente aumenta la magnitud de la descarga. ¿Responden los sujetos reales de forma caritativa? Difícilmente. Obtener una respuesta a la manera de “ojo por ojo” es lo más probable.

Aglomeración

Aglomeración, el sentimiento subjetivo de no tener suficiente espacio, es estresante. Estar en un bus abarrotado o atrapados en el tráfico lento de una autopista o tres personas viviendo en un pequeño dormitorio de una universidad, disminuye la sensación de autocontrol (Baron y cols., 1976; McNeel, 1980). ¿También tales experiencias pueden estimular la agresión?

Aglomeración
Sensación subjetiva de no tener suficiente espacio por persona.

El estrés experimentado por los animales a los que se les permite sobrepoblar un medio ambiente confinado, en efecto, favorece la agresividad (Calhoun, 1962; Christian y cols., 1960). Pero hay una gran diferencia entre las ratas que están en un encierro o los venados que están en una isla y los seres humanos que están en una ciudad. A pesar de ello, es cierto que las áreas urbanas densas, de hecho, presentan tasas más altas de criminalidad y de problemas emocionales (Fleming y cols., 1987; Kirmeyer, 1978). Los residentes de ciudades muy populosas pueden *sentirse* más temerosos, aun cuando no sufran tasas más altas de criminalidad. Las tasas de criminalidad de Toronto han sido cuatro veces más altas que las de Hong Kong. Sin embargo, al comparárselos con los habitantes de Toronto, los de Hong Kong, que es cuatro veces más densamente poblada, han reportado sentirse más temerosos en las calles de su ciudad (Gifford y Peacock, 1979).

EXCITABILIDAD

Hasta ahora hemos visto que diferentes estímulos que producen aversión pueden estimular la ira. ¿También tendrán un efecto similar otras formas de estimulación, tales como las que acompañan el ejercicio o la excitación sexual? Supongamos que Tawna, que acaba de terminar un rato de trote estimulante, llega a casa y encuentra que su pareja para la cita de la noche le ha dejado un mensaje diciéndole que tiene otros planes. ¿Tendra Tawna mayor probabilidad de tener una explosión de ira después de haber trotado, que si el mismo mensaje lo hubiera descubierto después de despertarse de una siesta? O, al haber acabado de hacer ejercicio, ¿sus tendencias agresivas se habrán exorcizado? Para descubrir la respuesta examinemos algunas investigaciones intrigantes respecto a la forma como interpretamos y denominamos nuestros estados corporales.

En un famoso experimento Stanley Schachter y Jerome Singer (1962) encontraron que podemos percibir un estado corporal de excitabilidad de ma-

neras diferentes. En la Universidad de Minnesota les produjeron cierto estado de excitabilidad a un grupo de hombres inyectándoles adrenalina. La droga les produjo rubor en el cuerpo, palpitations cardíacas y aumento en la frecuencia respiratoria. Al haberseles advertido que la droga produciría tales efectos, los hombres sintieron poca emoción, incluso cuando se encontraban con alguien hostil o eufórico. Naturalmente, podían atribuir fácilmente sus sensaciones corporales a la droga. Schachter y Singer hicieron creer a otro grupo de hombres que la droga no producía tales efectos. Luego también ellos fueron puestos en compañía de una persona hostil o eufórica. ¿Cómo se sintieron y actuaron? Con ira cuando estaban con la persona hostil; divertidos cuando estaban con la persona eufórica. El principio probable es el siguiente: *un estado dado de excitabilidad corporal estimula una u otra emoción dependiendo de la forma como la persona interpreta y denomina la excitabilidad.*

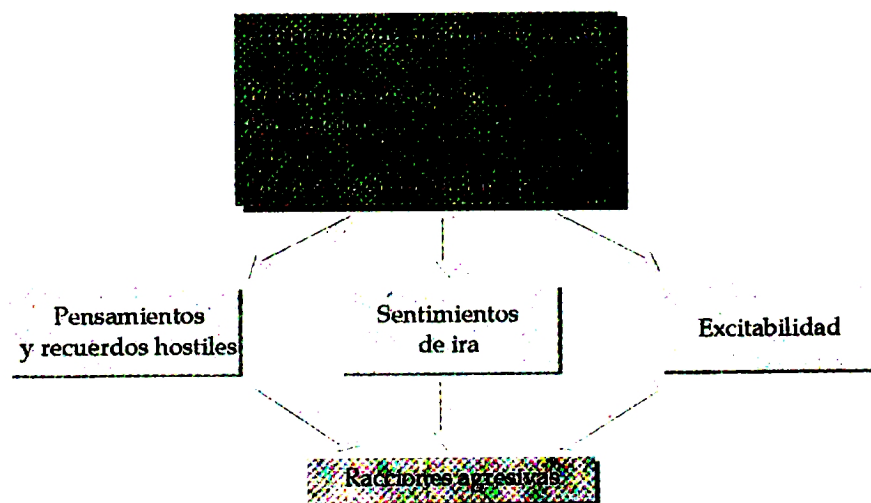
Otros experimentos indican que la excitabilidad no es tan indiferenciada emocionalmente como creía Schachter. Sin embargo, que uno sea sacudido físicamente puede no intensificar prácticamente ninguna emoción (Reisenzein, 1983). Por ejemplo, Paul Biner (1991) reporta que las personas encuentran la estática radial desagradable, *especialmente* cuando están estimuladas por una luz brillante. También Dolf Zillmann (1988), Jennings Bryant y sus colaboradores encontraron que las personas que acababan de terminar un ejercicio en bicicleta o de ver una película de un concierto de *rock* de los Beatles, atribuyen fácil y erróneamente su excitabilidad a una provocación. Entonces reaccionan con agresión aumentada. Aunque el sentido común puede llevarnos a suponer que la carrera de Tawna pudo haber acabado con sus tensiones agresivas permitiéndole aceptar las malas noticias con calma, estos estudios demuestran que la excitabilidad favorece las emociones.

La excitabilidad sexual y otras formas de excitabilidad tales como la ira, pueden, por consiguiente, amplificarse mutuamente (Zillmann, 1989). El amor nunca es tan apasionado como después de una pelea o de un susto. En el laboratorio los estímulos eróticos son más excitantes para las personas que acaban de pasar por un susto. De forma similar, la excitación producida tras haber montado en la montaña rusa puede desbordarse en forma de un sentimiento romántico por la pareja.

Figura 10-5

Elementos de la agresión hostil

Una situación que genere aversión puede desencadenar agresión al provocar tanto cogniciones y sentimientos hostiles como excitabilidad. Estas reacciones nos llevan a estar más inclinados a percibir intentos lesivos y a reaccionar agresivamente.



(Resumido de Anderson, Deuser y DeNeve, 1995).

Una situación en la que haya frustración, calor, aglomeración o insulto favorece la excitabilidad. Cuando así ocurre, la excitabilidad junto con los pensamientos y sentimientos hostiles puede formar una fórmula para que se produzca un comportamiento agresivo (figura 10-5). Enfurecidos y excitados por el desafío de Rodney King al rehusarse a detener su automóvil, los agentes de policía de Los Ángeles, lo confrontaron en un marco mental agresivo y luego lo golpearon.

INFLUENCIA DE LOS MEDIOS DE DIFUSIÓN:

PORNOGRAFÍA Y VIOLENCIA SEXUAL

El aumento en los crímenes violentos que se reportan, especialmente entre menores, nos lleva a preguntarnos: ¿Por qué se ha presentado este cambio? ¿Qué fuerzas sociales han sido la causa de la proliferación de la violencia?

El alcohol contribuye a la agresión, pero el consumo de alcohol no ha cambiado significativamente desde 1960 (McAneny, 1994). ¿El aumento de la violencia podría ser causado por el aumento del individualismo y el materialismo? ¿Por la brecha creciente entre los ricos poderosos y los pobres impotentes? ¿O por la disminución de las familias de dos progenitores y la mayor ausencia del padre? ¿O por el aumento en los medios de difusión de la presentación de modelos de violencia y sexualidad sin restricciones? La última pregunta surge porque las altas tasas de violencia y de coacción sexual han coincidido con el aumento en el caos y la insinuación sexual de los medios de difusión. ¿Es una coincidencia la correlación histórica? ¿Cuáles son las consecuencias sociales de la pornografía (que en *Webster* se define como representaciones eróticas con el fin de producir excitación sexual)? ¿Y cuáles son los efectos de los modelos de violencia en el cine y la televisión? La investigación psicosocial sobre la pornografía se ha centrado principalmente en las representaciones de violencia sexual. Un típico episodio sexualmente violento muestra a un hombre forzando a una mujer. En un comienzo ella se resiste y trata de luchar contra su atacante. Gradualmente se va excitando sexualmente y su resistencia se diluye. Al final se encuentra en éxtasis pidiendo a ruegos más. Todos hemos visto o leído versiones no pornográficas de esta secuencia: ella se resiste, él persiste. Un hombre gentil agarra y besa por la fuerza a una mujer que protesta. A los pocos momentos, los brazos que al principio lo empujaban ahora lo abrazan fuertemente, al haber sido derrotada su resistencia por la pasión desenfrenada. En *Lo que el viento se llevó*, Scarlett O'Hara es llevada a la cama protestando y pateando, y se despierta cantando.

Los psicólogos sociales consideran que observar tales escenas de ficción de un hombre dominando y excitando a una mujer puede (1) distorsionar las percepciones de la forma como en realidad las mujeres responden a la coacción sexual y (2) aumentar la agresión de los hombres contra las mujeres; al menos así ocurre en los montajes de laboratorio.

Percepciones distorsionadas de la realidad sexual

¿Refuerza la violencia sexual el mito de que algunas mujeres estarían complacidas con un ataque sexual; de que 'no' en realidad no significa no? Para averiguarlo, Neil Malamuth y James Check (1981) mostraron a un grupo de hombres de la Universidad de Manitoba o bien dos películas sin contenidos sexuales o bien dos en las que se mostraba a un hombre dominando

La exposición repetida a películas eróticas en las que se muestra una clase de sexo de paso y sin compromiso tiende a:

- Disminuir la atracción por la pareja.
- Aumentar la aceptación del sexo extramarital y la sumisión sexual de las mujeres ante los hombres (Zillmann, 1989).
- Aumenta en los hombres el percibir a las mujeres en términos sexuales.

(Erbale y cols. 1994
Hansen y Hansen
1988-1990)

“La pornografía que representa la agresión sexual como algo placentero para la víctima aumenta la aceptación del uso de la coacción en las relaciones sexuales”.

Consenso de las ciencias sociales en el Taller sobre Pornografía y Salud Pública de la Dirección General de Salud Pública de los Estados Unidos (Koop, 1987)

sexualmente a una mujer. Una semana más tarde al ser encuestados por un experimentador diferente, quienes vieron las películas en las que se mostraba una violencia sexual moderada tuvieron más tendencia a aceptar la violencia contra las mujeres. Nótese que el mensaje sexual (que muchas mujeres disfrutaban cuando son “forzadas”) era sutil y con poca probabilidad de suscitar argumentos en contra (recordemos del capítulo 7 que se presenta mayor persuasión cuando un mensaje desagradable se desliza sin provocar en las personas argumentos en contra).

Ver películas de violencia tiene un efecto muy similar. Los hombres a quienes se les muestran películas tales como *Texas Chainsaw Massacre* (Masacre con motosierra en Texas) se vuelven más insensibles al salvajismo y tienen más tendencia a ver a las víctimas de violación de manera poco comprensiva (Linz y cols., 1988, 1989). En un experimento realizado por Charles Mullin y Daniel Linz (1995) un grupo de hombres que pasaron tres noches observando películas sexualmente violentas, se volvieron progresivamente más indiferentes ante las violaciones y las golpizas. Al comparárseles con otros que no fueron expuestos a estas películas, tres días más tarde, también expresaron menos compasión por las víctimas de la violencia doméstica y calificaron de menos severas las lesiones de las víctimas. De hecho, dijeron los investigadores Edward Donnerstein, Daniel Linz y Steven Penrod (1987), ¿para un carácter maligno qué mejor forma de hacer que las personas reaccionen calmadamente a la tortura y a la mutilación de las mujeres que mostrarles una serie cada vez peor de tal tipo de películas?

La agresión contra las mujeres

La evidencia acumulada también tiende a mostrar que la pornografía puede contribuir a la agresión real de los hombres contra las mujeres. Los estudios correlativos plantean esta posibilidad. John Court (1985) observó que alrededor del mundo, durante los años sesenta y setenta, a medida que la pornografía se hizo más ampliamente asequible, la tasa de violaciones reportadas aumentó bruscamente; excepto en los países y áreas en los que la pornografía estaba controlada (los ejemplos que contravienen esta tendencia, tales como Japón, donde la pornografía violenta está disponible pero la tasa de violaciones es baja, nos recuerda que también hay otros factores importantes). En Hawai el número de violaciones reportadas aumentó nueve veces entre 1960 y 1974, y disminuyó cuando se impusieron restricciones temporales a la pornografía, pero aumentó de nuevo cuando tales restricciones fueron retiradas.

En otro estudio correlativo Larry Baron y Murray Straus (1984) descubrieron que las ventas de revistas sexualmente explícitas (tales como *Hustler* y *Playboy*) en los 50 estados, se correlacionaban con las tasas estatales de violación. Después de controlar factores tales como el porcentaje de hombres jóvenes en cada estado, se conservó una correlación positiva. Alaska ocupó el primer lugar en ventas de revistas sexuales y también el primero en violaciones. Nevada fue el segundo estado en ambas mediciones.

Los delincuentes sexuales canadienses y estadounidenses, por lo general, cuando son entrevistados aceptan haber utilizado la pornografía. Por ejemplo, William Marshall (1989) reportó que los violadores y acosadores sexuales de niños en Ontario, utilizaban la pornografía mucho más que los hombres que no eran delincuentes sexuales. También un estudio del FBI informa que hay una considerable exposición a la pornografía entre los asesinos en

“La pornografía es la teoría y la violación la práctica”.

Robin Morgan (1980, pág. 139)

serie que es lo mismo que informa el Departamento de Policía de Los Ángeles, sobre la mayoría de los abusadores sexuales de niños (Bennett, 1991; Ressler y cols., 1988). Por supuesto que esta *correlación* no puede demostrar que la pornografía sea una *causa* que contribuya a las violaciones. Es posible que la utilización de la pornografía por los delincuentes sea simplemente un síntoma y no una causa de su desviación básica. Por otra parte, la evidencia es contradictoria; algunos estudios encuentran el uso previo de la pornografía (que incluye exposición a la pornografía durante la niñez) que no se correlaciona con la agresión sexual (Bauserman, 1996).

Aunque se limiten a las formas de comportamiento a corto plazo que pueden ser estudiadas en el laboratorio, los experimentos controlados ponen de manifiesto causa y efecto. Una afirmación unánime de 21 científicos sociales destacados resume los resultados: "La exposición a la pornografía violenta aumenta el comportamiento punitivo hacia las mujeres" (Koop, 1987). Uno de estos psicólogos sociales, Edward Donnerstein (1980), mostró a un grupo de 120 hombres de la Universidad de Wisconsin, una película neutral, una erótica o una erótica-agresiva (violación). Luego, supuestamente, como parte de otro experimento, los hombres "enseñaron" a un cooperador, hombre o mujer, algunas sílabas sin sentido pudiendo decidir qué tanta descarga administrar ante las respuestas incorrectas. Los hombres que habían visto la película de la violación, en especial cuando estaban con ira, administraron descargas marcadamente más fuertes, pero solamente cuando se trataba de víctimas de sexo femenino (figura 10-6).

Si la ética de realizar este tipo de experimentos le inquieta, puede permanecer tranquilo respecto a que los investigadores comprendían muy bien la controvertida y poderosa experiencia por la que estaban haciendo pasar a sus participantes. Solamente después de haber dado su consentimiento informado, esas personas participaron. Aun más, después del experimento los investigadores desenmascararon cualquier mito que la película hubiera podido comunicar, con la esperanza de que rendir este informe compensase de

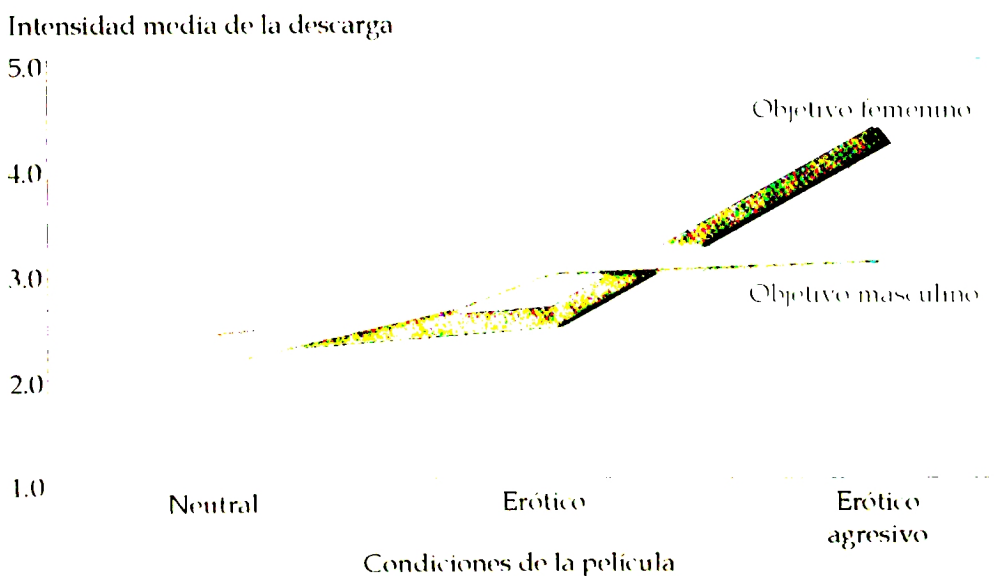


Figura 10-6
Después de observar una película erótico-agresiva, un grupo de universitarios administraron descargas eléctricas más altas de las que habían administrado antes; en especial, cuando se trataba de una mujer.

(Datos tomados de Donnerstein, 1980).

manera suficiente las imágenes vívidas de una víctima de violación supuestamente eufórica. A juzgar por los estudios realizados con estudiantes de la Universidad de Manitoba y Winnipeg por James Check y Neil Malamuth (1984; Malamuth y Check, 1984), en efecto así sucede. Quienes leyeron la historia de una violación erótica y posteriormente se les rindió un informe completo explicándoles, llegaron a aceptar *menos* el mito de “la mujer que disfruta con la violación”, que los estudiantes que no habían visto la película. Otros estudios confirman la efectividad de rendir tal tipo de informes “explicatorios” (Allen y cols., 1996). Por ejemplo, Donnerstein y Berkowitz (1981) encontraron que los estudiantes de Wisconsin que observaron la pornografía y luego fueron completamente “decodificados”, tuvieron posteriormente *menos* probabilidades que otros estudiantes de estar de acuerdo con “el ser rudamente tratadas es algo que estimula sexualmente a muchas mujeres”.

La justificación de esta experimentación no solamente es científica sino también humanitaria. En una cuidadosa encuesta nacional, el 22% de las mujeres reportaron haber sido forzadas por un hombre a hacer algo sexualmente (Laumann y cols., 1994). Mary Koss y sus colegas (1988, 1990, 1993) encontraron en encuestas realizadas entre 6,200 estudiantes universitarias de toda la nación y en 2,200 mujeres trabajadoras de Ohio, que el 28% de las mujeres reportaron una experiencia que cumplía con la definición legal de violación o de intento de violación. Las encuestas en otros países industrializados producen resultados similares (tabla 10-1). Tres de cada cuatro violaciones realizadas por extraños y casi todas las violaciones realizadas por conocidos, no fueron reportadas a la policía. Siendo así, la conocida tasa de violación subestima *altamente* la tasa real de violación. Más aún, muchas más mujeres –la mitad, en una encuesta entre universitarias (Sandberg y cols., 1985)– reportan haber sufrido alguna forma de ataque sexual tras haber salido con su pareja; todavía muchas más han experimentado coacción o acoso sexual verbal (Craig, 1990; Pryor, 1987).

En ocho encuestas diferentes efectuadas entre universitarios se les preguntó si habría alguna posibilidad de que violaran a una mujer “sí, si pudiera estar seguro de que nadie lo va a saber y de que no sería castigado de ninguna manera” (Stille y cols., 1987). Una inquietante proporción de más o menos un tercio, admitió al menos una escasa posibilidad de que lo haría. Al ser comparados con hombres que excluyen la posibilidad de violación, éstos tienen más semejanza con los violadores convictos en cuanto a su creencia sobre los mitos de la violación, a su excitación sexual por las representaciones de violaciones y a su comportamiento agresivo hacia las mujeres, tanto en el laboratorio como en las situaciones en las que han salido con su pareja. La agresión es mayor entre quienes se han formado en el tipo de actitudes a favor de la violación que la pornografía cultiva (figura 10-7). Los hombres que típicamente se comportan de manera agresiva y coactiva, desean la dominancia, manifiestan hostilidad hacia las mujeres y son sexualmente promiscuos (Anderson y cols., 1997; Malamuth y cols., 1995).

Malamuth, Donnerstein y Zillmann están entre quienes se sienten alarmados por el riesgo creciente que tienen las mujeres de ser acosadas sexualmente o violadas. Estos autores hacen una advertencia contra la simplificación excesiva de las causas complejas de la violación, la cual no es atribuible más a una u otra causa de lo que lo es el cáncer. A pesar de ello,

La mayoría, habiendo sido forzadas durante una cita o por un conocido, no la calificaron como tal. El “guión” que las mujeres tienen para la violación, por lo general incluye la violencia ejercida por un extraño.

(Kahn y cols., 1994)

“La sociedad no espera que los judíos acaben con el antisemitismo ni que los negros acaben con el racismo ni que los niños acaben con el maltrato infantil”.

Katha Pollitt, “*Georgie Porgie is a Bully*”, 1990

concluyen que ver la violencia, en especial la violencia sexual, puede tener efectos antisociales. Así como la mayoría de los alemanes toleraron silenciosamente las degradantes imágenes antisemíticas que atizaron el holocausto, la mayor parte de las personas de hoy en día toleran las imágenes de los medios de difusión de mujeres que contribuyen con lo que algunos han llamado “el creciente holocausto femenino” del acoso sexual, el abuso y la violación.

Tabla 10-1 Experiencias de violación reportadas en cinco países

País	Muestra de mujeres	Violación completa e intento de violación
Canadá	Muestra nacional en 95 entidades de educación superior y universidades	23% de violación o ataque sexual
Nueva Zelanda	Muestra por conveniencia de estudiantes de psicología	25%
Reino Unido	Muestra por conveniencia en 22 universidades	19%
Estados Unidos	Muestra representativa en 32 entidades de educación superior y universidades	28%
Seúl, Corea	Mujeres adultas	22%

Fuente: Estudios reportados por Koss, Heise y Russo (1994).

Educación consciente sobre los medios de difusión

En la competencia entre los derechos del individuo frente a los de la colectividad, las personas de la mayoría de las naciones occidentales se ponen de parte de los derechos del individuo. Siendo así, como alternativa a la censura, muchos psicólogos defienden el “entrenamiento consciente sobre los medios de difusión”. Recordemos que los investigadores de la pornografía han vuelto a sensibilizar y han educado exitosamente a los participantes en experimentos en lo referente a las respuestas reales de las mujeres ante la violencia sexual.

¿Podrían de igual manera los educadores promover destrezas críticas para la observación? Al sensibilizar a las personas sobre la visión de la mujer que predomina en la pornografía y ante los asuntos relacionados con el acoso y la violencia sexuales, debería ser posible contrarrestar el mito de que las mujeres disfrutan al ser coaccionadas. Edward Donnerstein, Daniel Linz y Steven Penrod (1987, pág. 196), dicen: “nuestra esperanza utópica y quizás ingenua, es que al final, la verdad revelada por medio de una ciencia correcta, prevalecerá y el público se convencerá de que estas imágenes no sólo rebajan a quienes en ellas aparecen sino también a quienes las observan”.

¿Es ingenua tal esperanza? Veamos. Sin que se hubieran prohibido los cigarrillos, el número de fumadores en los Estados Unidos bajó del 43% en 1972 al 27% en 1994 (Gallup, 1994). Sin que se hubiera impuesto la censura

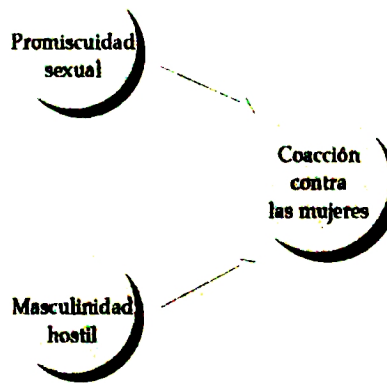


Figura 10-7 Hombres sexualmente agresivos
 Los hombres que coaccionan sexualmente a las mujeres, con frecuencia tienen una historia combinada de sexo impersonal y masculinidad hostil, reporta Neil Malamuth (1996).

“Lo que intentamos hacer es aumentar el nivel de conciencia acerca de la violencia contra las mujeres y en la pornografía, al menos hasta el nivel de conciencia que se tiene sobre el racismo y la literatura del Ku Klux Klan”.

Gloria Steinem (1988)

frente al racismo, las imágenes de los medios de difusión, antes comunes, que representaban a los afroamericanos como bufones supersticiosos e infantiles, han desaparecido casi por completo. En la medida en que cambió la conciencia pública, los escritores de guiones, los productores y los ejecutivos de los medios de difusión decidieron que las imágenes que se aprovechaban de las minorías no eran adecuadas. Más recientemente han decidido que las drogas no son sofisticadas como muchas películas y canciones de los años sesenta y setenta lo dejaban implícito, sino por el contrario, peligrosas; finalmente, el consumo de marihuana entre los estudiantes de últimos años de secundaria en los meses anteriores a las encuestas disminuyó del 37% en 1979 al 11% en 1992, antes de rebotar a un 22% en 1996 cuando la voz cultural contra las drogas se aquietó y el uso de drogas volvió a considerarse sofisticado, a través de ciertas películas y producciones musicales (Johnston, 1996). ¿Llegará acaso el día en que miremos hacia atrás con incomodidad a la época en que las películas entretenían a las personas con escenas de explotación, mutilación y coacción sexual?

Enfoque

¿Están aumentando las violaciones?

En el mundo entero hay alarma e ira respecto a las tasas en aumento de los delitos violentos. La experiencia norteamericana lo ilustra. Con un margen de 6 a 1, los estadounidenses reportan en mayor proporción estar “insatisfechos” más que “satisfechos” con la seguridad que sienten (Hugick y McAneny, 1992). Hay, por lo tanto, un auge en los negocios de sistemas de seguridad para el hogar, además de los de armas de fuego y guardaespaldas.

Utilizando sólo un parámetro, el conteo de crímenes violentos efectuado por la policía local y por los alguaciles, según el informe anual del FBI en su reporte unificado sobre criminalidad (*Uniform Crime Report*), la tasa de crímenes violentos en los Estados Unidos, de hecho, ha aumentado dramáticamente. Desde 1960, los crímenes violentos (homicidios, violaciones, asaltos y robos por 100,000 habitantes) se han *quintuplicado*.

Según otro parámetro, la encuesta nacional sobre trato criminal discriminatorio realizada por el Departamento de Censos (Census Bureau's National Crime Victimization Survey, NCVS) para el Departamento de Estadística y Justicia, que se efectúa anualmente desde 1973, la tasa de delincuencia con ac-

tos violentos no ha aumentado ni un ápice. A pesar de las aterradoras imágenes de violencia de la televisión, a pesar de los focos de violencia relacionados con las drogas, este sondeo de los hogares realizado al azar, nos tranquiliza: las cosas no están tan mal. El sondeo sugiere que, de hecho, la vulnerabilidad de las mujeres a la violación ha venido disminuyendo desde 1973 (ver figura 10-8).

¿Entonces a cuál de las dos creemos? ¿A los reportes del gobierno sobre criminalidad obtenidos por los departamentos de seguridad del Estado? ¿O a los reportes sobre criminalidad del gobierno elaborados por los ciudadanos? Tal vez la contradicción en las estadísticas sobre violación se pueda explicar fácilmente. ¿La oleada de violaciones reportadas, no será simplemente un reflejo de la mayor disposición de las mujeres a reportar? Así quisiéramos que fuera, pero el NCVS revela que con el tiempo no hay un aumento en el porcentaje de mujeres que reportan las violaciones. ¿Puede entonces la oleada ser el reflejo de un aumento en el registro (y por lo tanto en los reportes) de las quejas de violaciones realizado por oficiales y funcionarios, la mayoría de los cuales son en la actualidad mujeres? Los sociólogos Gary Jensen y Maryaltani Karpos (1993) encuentran que

una explicación más probable puede ser el aumento de la participación femenina en las fuerzas policíacas que aumenta paralelamente con los registros y reportes de violaciones.

Sin embargo, veamos lo siguiente. El formato de entrevista y las preguntas de la encuesta de delincuencia detectan primariamente las violaciones violentas cometidas por extraños; y sólo algunas de ellas. Las violaciones conocidas por la policía (que todo el mundo está de acuerdo, son sólo una fracción de todas las violaciones) son cerca del doble del número de violaciones que la NCVS calcula que fueron reportadas a la policía. Al percatarse de estos problemas, la psicóloga Mary Koss (1992) es escéptica respecto a las conclusiones de la NCVS. En efecto, cuando la NCVS revisó recientemente este asunto, el número de violaciones reconocidas aumentó al doble (Schafran, 1995).

Veamos además lo siguiente. Si la tasa real de violaciones se mantiene constante, debería haber una mayor probabilidad entre las mujeres mayores de reportar haber sido violadas alguna vez (debido a un mayor número de años sometidas al riesgo). Si, por el contrario, la tasa ha aumentado recientemente debería haber

más probabilidad entre las jóvenes de hoy que entre las mayores, de reportar el haber sido violadas alguna vez (ya que las mujeres mayores habrían pasado por sus años de juventud y adolescencia más vulnerables, hace ya tiempo, cuando la violación supuestamente era menos común). Y, efectivamente, el caso es que las mujeres *más jóvenes* tienen una mayor probabilidad de reportar el haber sido violadas (Sorenson y cols., 1987). Suponiendo que las mujeres de cualquier edad muy posiblemente no olviden una experiencia de violación, el resultado de esta encuesta sugiere que la violencia sexual *ha* aumentado (aunque probablemente a una tasa menor que el aumento reportado por el FBI).

Moraleja: La verdad es esquiva. Como ocurre con frecuencia, preguntas simples como, ¿están aumentando las violaciones?, no tienen una respuesta simple. A veces, diferentes métodos nos dan diferentes respuestas. Desde perspectivas diferentes, observamos diferentes aspectos de la realidad. Al abordar una pregunta de maneras diferentes, restringimos la posibilidad de error y nos formamos una imagen de la verdad mucho más clara, aunque continúe siendo brumosa.

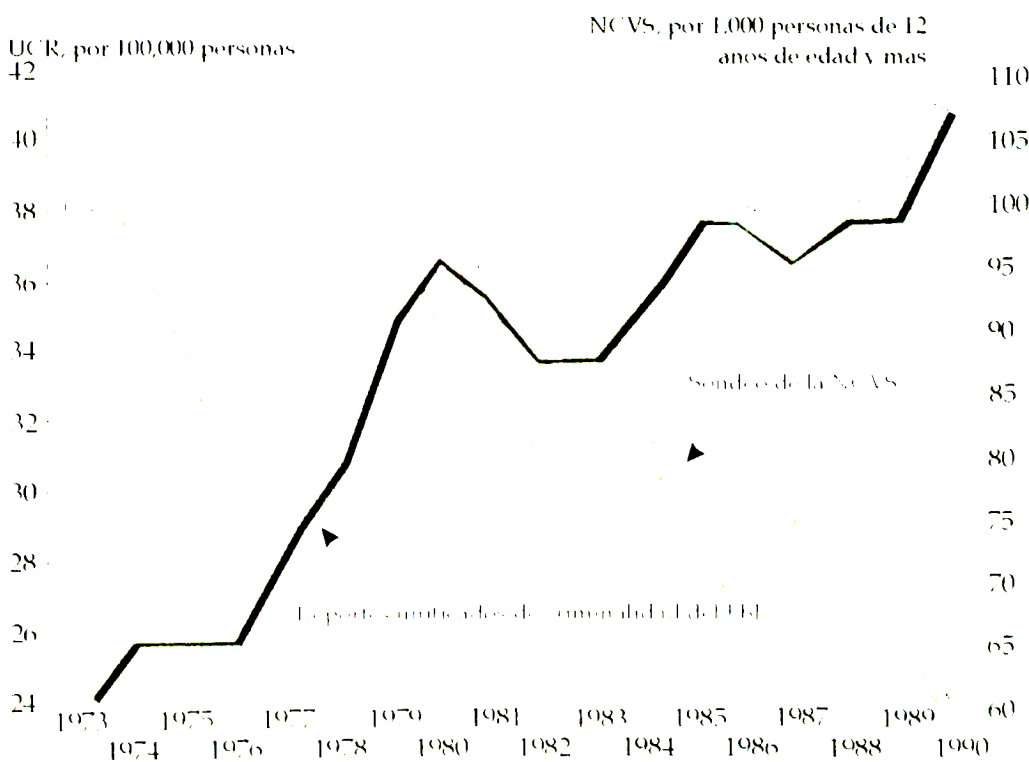


Figura 10-8
Disparidad en las estadísticas sobre violación
 ¿Están aumentando las violaciones?, tal como indica el reporte unificado sobre criminalidad (UCR) del FBI. ¿O están disminuyendo, como lo indica la encuesta nacional sobre trato criminal discriminatorio del Departamento Nacional de Censos (Census Bureau's National Crime Victimization Survey - NCVS)?

(Datos tomados de Jensen y Karpos, 1993)

“El problema con la televisión es que las personas deben sentarse y mantener sus ojos pegados a la pantalla: la familia estadounidense promedio no tiene tiempo para esto. Es por esto que los empresarios del espectáculo están convencidos de que... la televisión nunca será un competidor serio de las transmisiones [de radio]”.

New York Times, marzo 19 de 1939

INFLUENCIA DE LOS MEDIOS: LA TELEVISIÓN

Hemos visto que la observación de un modelo agresivo puede desencadenar impulsos agresivos en los niños y enseñarles nuevas formas de agredir. También hemos visto que después de observar la violencia sexual, muchos hombres estando iracundos actuarán más violentamente con las mujeres. ¿Tiene efectos similares la televisión?

Veamos los siguientes eventos respecto al hecho de ver televisión. En 1945, en una encuesta de Gallup, se preguntó a los estadounidenses, “¿Sabe usted lo que es la televisión?” (Gallup, 1972, pág. 551). Hoy en día, en los Estados Unidos así como en gran parte del mundo industrializado, el 98% de los hogares tienen un aparato de televisión, más de lo que se tienen tinas de baño o teléfonos. Dos tercios de los hogares tienen tres o más televisores, lo cual ayuda a explicar por qué los reportes de los padres respecto a lo que ven sus hijos se correlacionan muy poco con los reportes de los niños sobre lo que ellos ven (Donnerstein, 1998). Con MTV y CNN abarcando el planeta y *Guardianes de la bahía* con mil millones de televidentes en 142 países, la televisión está creando una cultura popular global (McDougal, 1994).

En el hogar promedio, el televisor está encendido 7 horas diarias, con un promedio individual para los miembros de la casa de 4 horas. Las mujeres ven más televisión que los hombres, los que no son blancos más que los blancos, los preescolares y los retirados más que los que asisten a la escuela o trabajan, y los menos educados más que los altamente educados (Nielsen, 1990). En su mayor parte, estos hechos respecto a los hábitos de ver televisión que tienen los estadounidenses, también se cumplen en los europeos, los australianos y los japoneses (Murray y Kippax, 1979).

¿Qué formas de comportamiento social se modelan durante todas estas horas? Desde 1967, George Gerbner y otros televidentes (1993, 1994) de la Universidad de Pensilvania han realizado un muestreo de los programas de entretenimiento en las cadenas estadounidenses que se transmiten en las mañanas de los sábados y en las horas de mayor audiencia. Desde 1994, el Estudio Nacional sobre la Violencia Televisada (1997) ha analizado más de 10,000 programas de las principales cadenas de televisión y canales por cable. ¿Cuáles han sido sus hallazgos? Seis de cada diez programas contienen violencia (“actos que imponen la fuerza física y amenazan con herir o matar, o que en efecto, hieren o matan”). ¿A qué conduce esto? Hacia el final de la escuela elemental, el niño promedio ha visto en la televisión unos 8,000 asesinatos y otros 100,000 actos violentos (Huston y cols., 1992). Al reflexionar sobre sus veintidós años de recuento de crueldad, Gerbner (1994) se lamentaba: “La humanidad ha tenido eras con mucha mayor sed de sangre, pero ninguna tan llena de imágenes de violencia como la presente. Nos encontramos en una marea desbordante de representaciones violentas que el mundo nunca ha visto... inundando cada hogar con escenas gráficas de un salvajismo cuidadosamente coreografiado”.

¿Tiene esto importancia? ¿Estimulan los crímenes el comportamiento que representan en las horas de mayor audiencia? ¿O, a medida que los observadores participan indirectamente de los actos agresivos, estos espectáculos drenan la energía agresiva?

La última idea, una variación sobre la hipótesis de la **catarsis**, sostiene que ver dramas violentos permite a las personas liberar sus hostilidades reprimidas. Los defensores de los medios de difusión citan con frecuencia esta teoría y nos recuerdan que la violencia es anterior a la televisión. En un debate imaginario con uno de los críticos de la televisión, uno de sus defensores podría argumentar: "La televisión no desempeñó ningún papel en los genocidios de los judíos ni de los norteamericanos nativos. La televisión simplemente refleja y satisface nuestros gustos". El crítico responde: "De acuerdo, pero también es cierto que durante la era de la televisión en los Estados Unidos, los delitos violentos reportados han aumentado varias veces más rápido que la tasa de incremento en la población. Con seguridad usted no querrá decir que las artes populares son simplemente reflejos pasivos sin ninguna capacidad para influir en la conciencia pública". El defensor responde: "La epidemia de violencia es consecuencia de muchos factores. La televisión puede incluso reducir la agresión al mantener a las personas fuera de las calles y al ofrecerles una oportunidad inofensiva de ventilar su agresión".

Los estudios sobre ver televisión y agresión tienen como fin identificar los efectos más sutiles y dominantes que aquellos crímenes ocasionales que son copiados de la televisión y captan la atención pública. La pregunta que se plantean es: ¿cómo afecta la televisión el *comportamiento* y la *forma de pensar* de los televidentes?

Los efectos de la televisión sobre el comportamiento

¿Imitan los televidentes los modelos violentos? Abundan los ejemplos de personas que repiten crímenes representados en la televisión. En una encuesta realizada a 208 prisioneros convictos, 9 de cada 10 admitieron haber aprendido nuevos trucos criminales viendo programas de delincuencia. Además, 4 de cada 10 dijeron que habían intentado realizar crímenes específicos vistos en la televisión (TV Guide, 1977).

Correlación entre ver televisión y el comportamiento. Las historias de crímenes no constituyen una evidencia científica. Es por ello que los investigadores utilizan los estudios correlativos y experimentales para examinar los efectos de observar la violencia. Una técnica, comúnmente usada con escolares, se pregunta si ver televisión puede predecir su agresividad. Hasta cierto punto puede hacerlo. Entre más violento sea el contenido de la televisión que el niño ve, más agresivo será el niño (Eron, 1987; Turner y cols., 1986). La relación es modesta pero se encuentra de manera sistemática en los Estados Unidos, Europa y Australia.

¿Podemos entonces concluir que una dieta de televisión violenta intensifica la agresión? Quizás usted ya esté pensando que puesto que se trata de un estudio correlativo, la relación causa-efecto también podría funcionar en dirección opuesta. Quizás los niños agresivos prefieran programas agresivos. O quizás un tercer factor subyacente, como una inteligencia más baja, predisponga a algunos niños a preferir tanto los programas agresivos como a actuar agresivamente.

Los investigadores han ideado dos formas de someter a prueba estas explicaciones alternas. Examinan la explicación del "tercer factor oculto" extrayendo estadísticamente la influencia de algunos de estos posibles factores. Por ejemplo, el investigador británico William Belson (1978; Muson, 1978) estudió 1,565 niños londinenses. Al comparar los que veían poca violencia

Catarsis

Liberación emocional. El punto de vista de la catarsis acerca de la agresión es que el impulso agresivo se reduce cuando uno "libera" la energía agresiva, bien sea simulando escenas agresivas o teniendo fantasías sobre la agresión.

"Una de las grandes contribuciones de la televisión es que devolvió el asesinato al hogar al que pertenece. Ver un asesinato por televisión puede ser una buena terapia. Puede ayudarlo a uno a resolver sus antagonismos".

Alfred Hitchcock

"Mirar espectáculos de acción puede no ser solamente catártico, sino que también puede estimular el juego".

Margaret Loesch
Presidente de la cadena de televisión para niños FOX (citada por Kaplan, 1995)

con los que veían mucha (especialmente el tipo de violencia realista, más que la de caricaturas), éstos últimos admitieron haber realizado un 50% más de actos violentos durante los seis meses precedentes (por ejemplo, “rompí a golpes el teléfono de una cabina”). Belson también examinó otros 22 terceros factores probables, tales como el tamaño de la familia. Los televidentes asiduos y los ocasionales continuaban difiriendo después de equipararlos en relación a terceros factores potenciales. Fue así como Belson supuso que los televidentes asiduos en realidad eran más violentos *debido a* su mayor exposición a la televisión.

De manera similar, Leonard Eron y Rowell Huesmann (1980, 1985) encontraron en 875 niños de 8 años que ver violencia se correlacionaba con agresividad, incluso después de retirar estadísticamente varios posibles terceros factores obvios. Además, cuando estudiaron de nuevo a estos individuos a la edad de 19 años, descubrieron que haber visto la violencia a la edad de 8 años, predecía de manera modesta la agresividad a la edad de 19; pero que la agresividad a la edad de 8 *no* predecía la tendencia a ver violencia a la edad de 19. La agresión aparecía después de la observación y no al contrario. Estos hallazgos fueron confirmados en estudios de seguimiento de 758 jóvenes del área de Chicago y de 220 finlandeses (Huesmann y cols., 1984). Es más, al examinar Eron y Huesmann (1984) los últimos registros de convictos criminales de su muestra inicial de niños de ocho años, encontraron que a la edad de 30 los hombres que de niños habían observado una gran cantidad de televisión violenta tenían mayor probabilidad de haber sido convictos por un crimen serio (figura 10-9).

Incluso las tasas de asesinato aumentan en los lugares y en el momento en que llega la televisión. En Canadá y los Estados Unidos las tasas de homicidio se duplicaron entre 1957 y 1974, a medida que se difundía la televisión violenta. En aquellas regiones en las que la televisión llegó más tardíamente, también las tasas de homicidio se incrementaron más tardíamente. En las áreas de Suráfrica con población blanca, en donde la televisión no fue introducida sino hasta 1975, se inició un aumento similar, cercano al doble, en las tasas de homicidio, después de 1975 (Centerwall, 1989). También en un pueblo rural canadiense estudiado muy de cerca, a donde la televisión llegó tardíamente, la agresión en las áreas de juego también se duplicó poco tiempo después (Williams, 1986).

Tomemos nota de cómo estos estudios ilustran la forma en que los investigadores están ahora utilizando los hallazgos correlativos para *sugerir* causa y efecto. A pesar de ello, un número infinito de posibles terceros factores podría estar creando una relación puramente coincidental entre ver violencia en la televisión y agresión. Sin embargo, afortunadamente el método experimental puede controlar estos factores externos. Si asignamos algunos niños al azar para que vean una película violenta y otros una no violenta, cualquier diferencia posterior entre los dos grupos en la agresión será debida al único factor que los diferencia, es decir, a lo que vieron.

Experimentos relacionados con ver televisión. En los experimentos pioneros efectuados por Albert Bandura y Richard Walters (1963) a veces un grupo de niños pequeños observaba una película en la que un adulto golpeaba a una muñeca inflada, en lugar de verlo en la vida real; el efecto fue muy similar. Posteriormente, Leonard Berkowitz y Russell Geen (1966) encontraron que los universitarios airados que veían una película violenta actuaban

“Raramente declino una invitación para hablar en una reunión de la asociación de padres y profesores o en otros grupos cívicos, con el fin de advertir a los padres y a otras personas encargadas de cuidar a los niños, sobre la importancia de controlar los hábitos televisivos de sus hijos”.

Leonard Eron (1985)

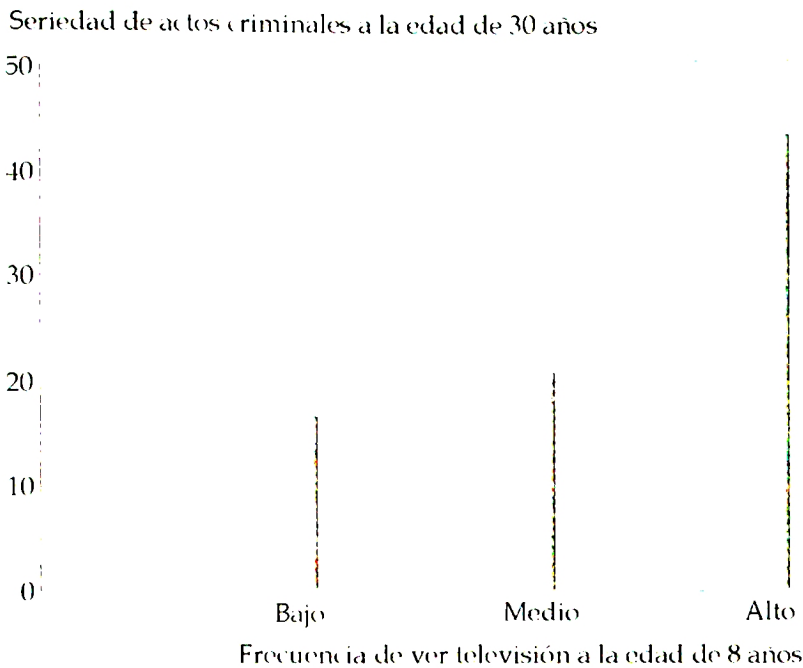


Figura 10-9
La televisión en los niños y actividad criminal posterior
 Ver violencia en la televisión a la edad de 8 años predijo la presentación de delitos criminales serios a la edad de 30 años.

(Datos tomados de Eron y Huesmann, 1984).

de manera más agresiva que otros universitarios igualmente airados que habían observado películas no agresivas. Estos experimentos de laboratorio, aunados a la creciente preocupación del público, fueron suficientes para hacer que la Dirección General de Salud Pública de los Estados Unidos comisionara 50 nuevos estudios de investigación a comienzos de los años setenta. En general, estos estudios confirmaron que ver violencia en la televisión amplifica la agresión.

En una serie posterior de experimentos, los equipos de investigación encabezados por Ross Parke (1977) de los Estados Unidos y Jacques Leynes (1975) de Bélgica, mostraron a grupos de delincuentes juveniles estadounidenses y belgas, recluidos en instituciones, una serie de películas comerciales agresivas y no agresivas. Su hallazgo constante fue el siguiente: “la exposición a la violencia de las películas... llevó a un aumento en la agresión de los observadores”. Al compararlos con los de las semanas precedentes a la exhibición de las películas, los ataques físicos aumentaron bruscamente en las cabañas en las cuales los muchachos habían visto películas violentas.

Chris Boyatzis y sus colegas (1995) notaron un efecto similar al mostrar a un grupo de niños de primaria, pero no a otros, un episodio de televisión de un programa para niños muy popular (y violento), los *Power Rangers*. Inmediatamente después de ver el episodio, los pequeños televidentes cometieron con una frecuencia siete veces más alta actos agresivos, por intervalo de dos minutos, que quienes no observaron el episodio. Tal como ocurrió con el estudio pionero de Bandura con la muñeca *Bobo*, en general, los niños telespectadores imitaron precisamente aquellos actos característicos, como sus patadas voladoras de karate. En Noruega, en 1994, una niña de cinco años fue apedreada, pateada y abandonada en la nieve para que se congelara, por compañeros de juego que, según se reportó, estaban imitando las acciones vistas en ese programa; tal episodio dio origen a que el programa fuera prohibido en tres países escandinavos (Blucher, 1994).

“¿Deberíamos entonces simplemente permitir que nuestros hijos escucharan cualquier historia que a cualquiera se le haya ocurrido inventar y que reciban así en su mente ideas que con frecuencia son exactamente opuestas a las que pensamos que deberían tener cuando sean mayores?”

Platon, *La República*



Después de observar programas de televisión, los niños han imitado muchos de los comportamientos agresivos que allí ven.

“No queda ninguna duda en absoluto de que frecuencias más altas de observar violencia en televisión, se correlacionan con un aumento en la aceptación de las actitudes agresivas y un aumento en el comportamiento agresivo”.

Comisión sobre la Violencia y la Juventud de la Asociación Psicológica Americana, 1993.

del tipo de agresión con lesiones, sino más bien, del tipo de meterse a empujones en la fila del almuerzo o hacer un comentario cruel o un gesto de amenaza.

A pesar de ello, la convergencia de la evidencia es llamativa. La Comisión para la Violencia de los Menores de la Asociación Americana de Psicología, dijo en 1993 que “La conclusión irrefutable es que ver violencia aumenta la violencia”. Esto es especialmente cierto entre personas con tendencias agresivas (Bushman, 1995). El efecto de ver violencia también se hace más fuerte cuando una persona atractiva comete actos de violencia justificados y realistas que permanecen impunes y que no evidencian ningún dolor o lesión (Donnerstein, 1998). Con frecuencia, aunque no siempre, el entretenimiento violento crea las condiciones para efectos antisociales. Al representar formas de violencia injustificada, por perpetradores no atractivos sobre las víctimas sufrientes del holocausto, *La lista de Schindler* por ejemplo, con poca probabilidad ha estimulado actos violentos.

Los estudios experimentales señalan más claramente la relación causa-efecto, pero a veces están muy alejados de la vida real (por ejemplo, oprimir un botón de dolor). Además, los experimentos apenas pueden dar un indicio de los efectos acumulativos de atestiguar más de 100,000 episodios violentos y unos 20,000 asesinatos, como sucede con el niño estadounidense promedio antes de convertirse en adolescente (Murray y Lonnborg, 1989). Influencias no controladas complican los estudios correlativos, pero tales estudios intentan sacar información de los efectos acumulativos de ver televisión en la vida real.

La investigación sobre la televisión ha incluido gran variedad de métodos y participantes. Los investigadores Susan Hearold (1986) y Wendy Wood y sus colegas (1991) reunieron los resultados de los estudios correlativos y experimentales. Su conclusión fue la siguiente: la observación de representaciones antisociales, efectivamente se asocia con un comportamiento antisocial. El efecto no es abrumador y, de hecho, es tan modesto en ocasiones, que algunos críticos dudan de su existencia (Freedman, 1988; McGuire, 1986). Por otra parte, la agresión provocada en estos experimentos no es

Tras la escena

En la Universidad de Lovain, cuando estudié para mi Ph.D., no había ningún psicólogo social. Pero en una escuela de verano organizada por la recientemente fundada Asociación Europea de Psicología Social Experimental y, más tarde, durante dos años de investigación posdoctoral sobre la agresión, realizada con Leonard Berkowitz y Ross, Parke, de la Universidad de Wisconsin, aprendí de qué se trataba en realidad la psicología social experimental.

Después de regresar a Bélgica, realicé el experimento sobre la observación de películas violentas y no violentas con muchachos de 12 a 18 años que se encontraban en una institución en una pequeña localidad en la frontera franco-belga. Los muchachos disfrutaron de este estudio puesto que su acceso a la televisión había sido restringido a las noticias, el deporte y los programas culturales por los que

no estaban interesados. Aunque los datos mostraban que observar la violencia aumentaba la agresión cotidiana, los muchachos, los consejeros y la administración no se inquietaron por los resultados. Cuando presenté los resultados en una conferencia de la OTAN, el periódico francés *Le Monde* hizo un reporte de la historia. Más tarde, un tabloide llamó con la esperanza de encontrar la historia de un muchacho que hubiese acuchillado a su compañero de cuarto después de ver *Los doce del patíbulo* (*The dirty dozen*). Aunque los resultados de un experimento nunca son tan dramáticos, los experimentos pueden ponernos en alerta ante fuerzas corrosivas que a través del tiempo puedan, en efecto, tener impacto sobre la sociedad.

Jacques-Philippe Leyens,
Université catholique de
Louvain, Louvain-la-Neuve.

¿Por qué razón ver televisión afecta el comportamiento? La conclusión obtenida por la Dirección General de Salud Pública de los Estados Unidos y por estos investigadores *no* es que la televisión y la pornografía sean las primeras causas de violencia social, más de lo que los ciclamatos sean la causa primaria del cáncer. Por el contrario, dicen que la televisión es *una* causa. Incluso, de ser sólo un ingrediente más de una compleja fórmula para la violencia, es una que, al igual que los ciclamatos, es potencialmente controlable. Teniendo en cuenta la convergencia de la evidencia correlativa y experimental, los investigadores han explorado *por qué* observar la violencia tiene este efecto.

Veamos tres posibilidades (Geen y Thomas, 1986). Una es que no es el contenido violento en sí la causa de la violencia social, sino la *estimulación* que produce (Mueller y cols., 1983; Zillmann, 1989). Como anotamos anteriormente, la excitabilidad tiende a desbordarse: una de sus formas transmite energía a otros modos de comportamiento.

Otra investigación muestra que observar la violencia *desinhibe*. En el experimento de Bandura el adulto que golpea a la muñeca *Bobo* da la impresión de legitimar tales arranques y de disminuir las inhibiciones ante los niños. La observación de la violencia prepara al observador para un comportamiento agresivo activando pensamientos relacionados con la violencia (Berkowitz, 1984; Bushman y Geen, 1990; Josephson, 1987). Escuchar música con letras sexualmente violentas parece tener un efecto similar que predispone a los hombres jóvenes a comportarse más agresivamente (Barongan y Hall, 1995; Johnson y cols., 1995).

Pregunta: ¿Podría presentarse un efecto similar al jugar repetitivamente juegos de video violentos tales como *Mortal Kombat* (en el que mujeres son atacadas y desmembradas)? ¿Podría tal juego enseñar a los jóvenes guiones a manera de grabaciones mentales respecto a como actuar cuando se enfrentan a un conflicto? (en un estudio reciente la frecuencia con que los niños lanzaban puños y patadas aumento a más del doble durante su periodo de recreo después de jugar ese juego de video, en comparación con la agresión que se presentó después de jugar *Letras*).

Atkinson, Bickel, 1997

Las representaciones en los medios de difusión también evocan la *imitación*. Los niños en los experimentos de Bandura representaron nuevamente las formas de comportamiento específicas que habían atestiguado. La industria de la televisión comercial aguanta una gran presión para que se discuta si la televisión lleva a los telespectadores a imitar lo que han visto: sus patrocinadores presentan un modelo de consumo. Los críticos de la televisión están de acuerdo en sentirse preocupados porque en los programas de televisión los actos de ataque sean más numerosos que los actos afectuosos en una proporción de 4 a 1 y porque, también de otras formas, la televisión presenta un modelo de un mundo ideal (tabla 10-2). Son muy dados a narrar ejemplos aparentes de imitación, como el caso de los dos hombres de Utah que vieron tres veces la película *Magnum Force*, en la que el limpiador líquido cáustico *Drano* es utilizado para matar a una mujer. Días más tarde en el mismo mes, los hombres representaron nuevamente la escena asesinando a tres personas forzándolas a beber *Drano* (Bushman, 1996).

Si los métodos de relacionar y resolver problemas presentados como modelos en la televisión dan origen a la imitación, en especial entre los televidentes jóvenes, entonces la presentación de un modelo de **comportamiento social positivo** debería ser benéfico socialmente. El capítulo 12 nos trae buenas noticias: la sutil influencia de la televisión puede, de hecho, enseñar a los niños lecciones positivas de comportamiento.

Comportamiento social positivo

El comportamiento social positivo es constructivo y servicial; lo opuesto al comportamiento antisocial.

Tabla 10-2 El mundo de la televisión estadounidense frente al mundo real

¿Los dramas en horas de mayor audiencia de las cadenas de televisión qué tanto reflejan el mundo que nos rodea? He aquí una comparación de los porcentajes de personas y las formas de comportamiento entre los dramas de televisión y en el mundo real. La televisión puede reflejar la mitología de la cultura, pero distorsiona la realidad.

Detalle observado	Porcentaje visto en televisión	Porcentaje en el mundo real
Mujer	33	51
Casado o casada	10	61
Trabajador manual	25	67
Con filiación religiosa	6	88
Relación sexual implícita: entre no casados	85	Desconocido
Bebidas consumidas: porcentaje de alcoholismo	45	16

Tomado de un análisis de cerca de 35,000 caracteres de la televisión desde 1969 efectuado por George Gebner (1993; Gebner y cols., 1986). Los datos sobre el sexo en la televisión son tomados de Fernández-Collado y cols. (1978). Los datos sobre la religión en la televisión son tomados de Skill y cols., (1994); los datos reales sobre la religión son tomados de Saad y McAnaney (1994) utilizando el porcentaje de personas para quienes la religión es más o menos importante o muy importante. Los datos sobre el alcohol son tomados de NCTV (1988). El porcentaje de actos sexuales que se presentan entre compañeros no casados, con seguridad es tan sólo una fracción de lo representado en la televisión, teniendo en cuenta que la mayoría de los adultos son casados, que la frecuencia de relaciones sexuales es más alta entre los casados que entre los solteros y que el sexo extramarital es menos frecuente de lo que, por lo general, se cree (Greeley, 1991; Laumann y cols., 1994).

Los efectos de la televisión sobre la forma de pensar

Nos hemos centralizado en los efectos de la televisión sobre el comportamiento. Los investigadores también han examinado los efectos cognitivos de observar la violencia. ¿Nos desensibiliza la observación prolongada de la crueldad? ¿Nos distorsiona la percepción de la realidad?

Tomemos como ejemplo algún estímulo que produzca excitación de alguna emoción, como por ejemplo una palabra obscena y repitámosla una y otra vez. ¿Qué ocurre? De las lecciones introductorias a la psicología tal vez recordemos que la respuesta emocional se “extinguirá”. Después de ser testigos de miles de actos de crueldad hay una buena razón para esperar un adormecimiento emocional similar. La respuesta más común podrá entonces transformarse en la siguiente: “No me molesta en lo absoluto”. Tal respuesta fue precisamente la que Victor Cline y sus colegas (1973) encontraron al medir la estimulación fisiológica de 121 muchachos de Utah que observaron un brutal combate de boxeo. Al ser comparados con muchachos que veían muy poca televisión, las respuestas de quienes la veían habitualmente fueron más de indiferencia que de preocupación.

Naturalmente que estos muchachos pueden diferir en otros aspectos además del hábito de ver televisión. Sin embargo, en los experimentos sobre los efectos de ver violencia sexual, se presenta una desensibilización similar (un cierto tipo de adormecimiento psíquico) en los jóvenes que observan las películas violentas. Además, los experimentos realizados por Ronald Drabman y Margaret Thomas (1974, 1975, 1976) confirman que ver tales películas genera una reacción de mayor indiferencia cuando posteriormente se ve la película de una pelea o cuando se observa a dos niños peleándose en la realidad.

¿El mundo de ficción de la televisión también moldea nuestras concepciones sobre el mundo real? George Gerbner y sus asociados de la Universidad de Pensilvania (1979, 1994) sospechan que éste es el efecto más potente de la televisión. Sus encuestas realizadas tanto en adolescentes como en adultos demuestran que los televidentes asiduos (4 o más horas diarias) tienen mayor probabilidad que los televidentes poco frecuentes (2 o menos horas) a exagerar la frecuencia de la violencia en el mundo que los rodea y a temer ser atacados personalmente. Una sensación similar de vulnerabilidad ha sido expresada por mujeres surafricanas después de observar la violencia contra otras mujeres (Reid y Finchilescu, 1995).

Una encuesta nacional entre niños estadounidenses de 7 a 11 años encontró que los televidentes asiduos tenían más posibilidades que los poco frecuentes de admitir temores “de que alguien malo pudiera entrar en su casa” o que “cuando uno sale alguien podría pegarle” (Peterson y Zill, 1981). Los adultos diferencian mejor entre los crímenes de la televisión y los eventos reales de los vecindarios. Quienes ven los dramas de crimen (más que los que no lo hacen) imaginan a Nueva York como un lugar peligroso. Creen incluso que su propia ciudad podría ser peligrosa. Sin embargo, no se sienten más temerosos en su propio vecindario (Heath y Petraitis, 1987; Tyler y Cook, 1984).

A pesar de todo, tal vez el mayor efecto de la televisión se presenta de forma indirecta en la medida en que cada año reemplaza en la vida de las personas mil o más horas de otras actividades. Si como la mayoría de los otros, usted ha invertido más de mil horas anuales viendo televisión, piense en cómo habría podido utilizar ese tiempo si no hubiese visto televisión. ¿Qué efecto habría tenido esto en lo que usted es hoy en día?

“Todos los programas de televisión son educativos. El asunto es, ¿qué es lo que enseñan?”

Nicholas Johnson, antiguo comisionado de la Comisión Federal de Comunicaciones, 1978

“Los que hemos estado activos por más de 15 años en el estudio [de la televisión] no podemos dejar de estar impresionados con el significado de este medio de difusión sobre la conciencia en formación del niño en desarrollo.”

Jerome Singer y Dorothy Singer (1988)

INFLUENCIAS GRUPALES

Hemos visto lo que hace que los *individuos* sean agresivos. Si es cierto que las frustraciones, los insultos y los modelos agresivos favorecen las tendencias agresivas de las personas como individuos, entonces tales factores probablemente favorecerán la misma reacción en los grupos. A medida que se inicia un motín, con frecuencia los actos agresivos se difunden rápidamente siguiendo el ejemplo "gatillo" de algún antagonista. Al ver a los saqueadores llevarse tranquilamente los televisores, los observadores que normalmente son respetuosos de la ley, pueden dejar a un lado sus inhibiciones morales e imitarlos.

Los grupos pueden amplificar las reacciones agresivas en parte, al diluir la responsabilidad. La decisión de atacar en una guerra normalmente es tomada por estrategias que se encuentran en lugares remotos a los frentes de batalla. Imparten las órdenes pero otros las ejecutan. ¿Tal distancia hará que sea más fácil recomendar la agresión?

Jacquelin Gaebelien y Anthony Mander (1978) simularon esta situación en el laboratorio. Pidieron a sus estudiantes de la Universidad de Carolina del Norte en Greensboro, que *administraran* una descarga a alguien o que *aconsejaran* a otro qué tanta descarga administrar. Cuando el receptor de la descarga irritaba a los que la administraban, éstos y sus consejeros estuvieron independientemente a favor de intensidades de descarga similares. Pero cuando el receptor era inocente de cualquier provocación, como lo son las víctimas de la agresión de masas, los que la administraban lo hacían con menor intensidad que la recomendada por sus consejeros, quienes se sentían menos directamente responsables de cualquier daño.

El no asumir directamente la responsabilidad aumenta no solamente con la distancia sino también con el número (recordemos del capítulo 8 el fenómeno de la desindividualización). Al analizar Brian Mullen (1986) la información sobre 60 linchamientos ocurridos entre 1869 y 1946, hizo un descubrimiento interesante. Entre más grande sea el número de personas en una turba de linchamiento, con más sevicia y mutilación se cometía el crimen.

Tales situaciones también incluyen la interacción grupal. Por medio del "contagio" social, los grupos magnifican las tendencias agresivas de manera semejante a como polarizan otras tendencias. A medida que se desarrolla la identidad del grupo, las presiones de conformidad y desindividualización aumentan (Staub, 1996). La identidad propia disminuye a medida que los miembros se entregan al grupo, con frecuencia experimentando una satisfactoria sensación de unidad con los otros. Ejemplos de esto son las pandillas juveniles, los hinchas de fútbol, los soldados codiciosos, los amotinados urbanos y lo que los escandinavos llaman "asedio", es decir, escolares en grupo acosando o atacando de forma repetida a un compañero inseguro y débil (Lagerspetz y cols., 1982).

Experimentos realizados en Israel por Yoram Jaffe y Yoel Yinon (1983) confirman que los grupos pueden polarizar las tendencias agresivas. En uno de ellos, universitarios irritados por un supuesto compañero, tomaron represalias y decidieron administrar descargas mucho más fuertes cuando se encontraban en grupo que cuando estaban solos. En otro experimento (Jaffe y cols., 1981) los participantes decidieron, individualmente o en grupo, qué tanta descarga de castigo administrar a alguien por sus respuestas incorrectas

"La peor barbaridad de la guerra es que predispone a los hombres, de manera colectiva, a cometer actos contra los que, de manera individual, se sublevarían con todo su ser".

Ellen Key, *Guerra, paz y el futuro*, 1916

en un ejercicio ESP. Como se ve en la figura 10-10 los individuos administraron progresivamente más de la supuesta descarga a medida que el experimento progresaba y la toma de decisiones en grupo magnificó esta tendencia individual. Así que, cuando las circunstancias provocan una reacción agresiva individual, la suma de interacciones de un grupo con frecuencia la amplificará.

Un equipo de investigación encabezado por Joseph Mikolic (1997) encontró que los grupos también acentúan el comportamiento agresivo natural. Pidieron a un cooperador que provocara frustración en algunos sujetos al acaparar los suministros que todos necesitaban para construir algunos modelos y obtener cierta retribución económica. Al ser comparados con los sujetos que trabajaban individualmente, los que trabajaban en grupos aumentaron más rápidamente sus respuestas hacia el molesto cooperador y verbalizaron una serie de exigencias, quejas o ira con el doble de frecuencia.

Los estudios sobre la agresión ofrecen una oportunidad adecuada para preguntarse qué tanto se pueden extrapolar los hallazgos de laboratorio de la psicología social a la vida diaria. ¿Las circunstancias que hacen que alguien administre una descarga eléctrica, realmente nos dicen algo acerca de las circunstancias que hacen que se produzca un abuso verbal o un puñetazo en la cara? Craig Anderson y Brad Bushman (1997; Bushman y Anderson, en imprenta) anotan que los psicólogos sociales han estudiado la agresión tanto en el laboratorio como en la vida real y los hallazgos se corresponden de manera sorprendente. En ambos contextos un aumento en la agresión puede preverse cuando se trata de

- protagonistas masculinos
- personalidades agresivas o tipo A
- consumo de alcohol
- ver violencia
- anónimo
- provocación
- presencia de armas, e
- interacción grupal

El laboratorio nos permite someter a prueba y revisar las teorías bajo condiciones controladas. Los eventos del mundo real inspiran ideas y ponen a disposición el campo para la aplicación de nuestras teorías. La investigación sobre la agresión ilustra que la interacción entre los estudios controlados en el laboratorio y el mundo real complejo, favorece el avance de la contribución de la psicología al bienestar humano. Los sentimientos adquiridos a partir de la experiencia diaria inspiran las teorías, las cuales estimulan la investigación de laboratorio, que a su vez hace más profunda nuestra comprensión y nuestra capacidad para aplicar la psicología a los problemas reales.

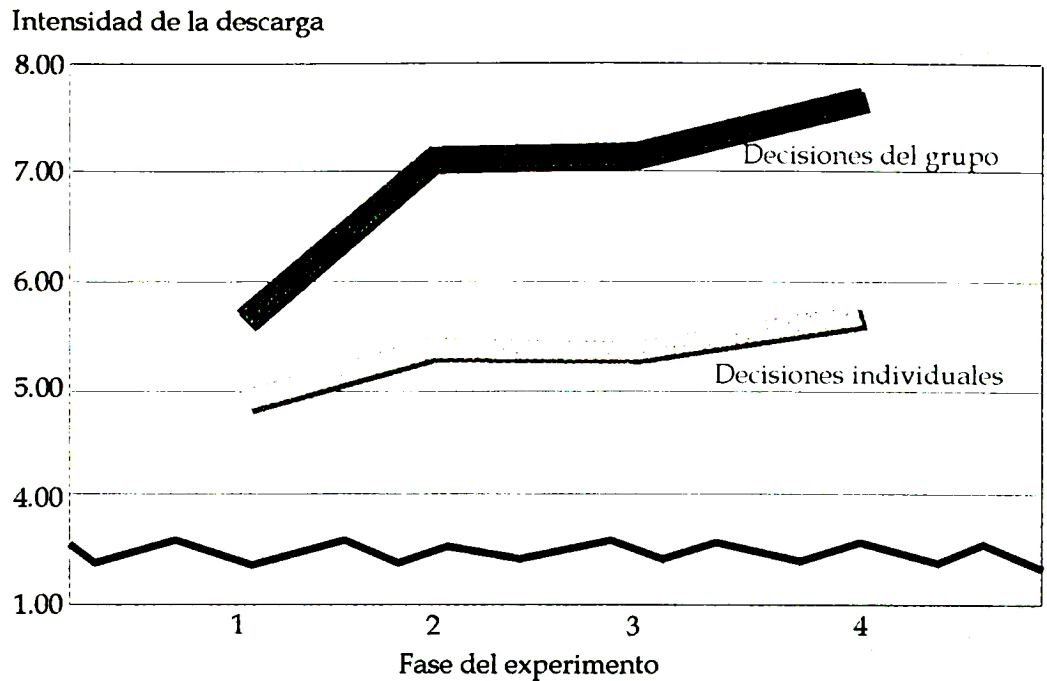
Las experiencias que producen aversión incluyen no solamente las frustraciones sino también la incomodidad, el dolor y los ataques personales tanto físicos como verbales. La excitación proveniente de cualquier

fuente, incluso del ejercicio físico o de la estimulación sexual, puede ser transformada en ira por el medio ambiente.

La televisión presenta una cantidad considerable de violencia. Los

Resumen

Figura 10-10
Agresión favorecida por el grupo
 Cuando los individuos escogen qué tanta descarga administrar, a manera de castigo, por dos respuestas equivocadas, se ve que aumentan el nivel de descarga a medida que el experimento progresa. La toma de decisiones por el grupo polariza aún más esta tendencia.



(Datos tomados de Jaffe y cols., 1981).

estudios correlativos y experimentales coinciden en concluir que ver violencia (1) produce un modesto aumento en el comportamiento agresivo y (2) desensibiliza a los observadores ante la agresión y altera sus percepciones de la realidad. Estos dos hallazgos se corresponden con los resultados de la investigación sobre los efectos de observar pornografía violenta, cosa que puede aumentar la agresión de los hom-

bres hacia las mujeres y distorsionar las percepciones de las respuestas de las mujeres frente a la coacción sexual.

Gran parte de la agresión es cometida por grupos. Las circunstancias que provocan a los individuos pueden también provocar a los grupos. Al diluirse la responsabilidad y polarizar las acciones, las situaciones grupales amplifican las reacciones agresivas.

Reducción de la agresión

Hasta ahora hemos examinado el instinto, la relación entre frustración y agresión, y las teorías del aprendizaje social sobre la agresión, además de escudriñar las influencias sobre la agresión. ¿Cómo, entonces, podemos reducir la agresión? ¿Sugieren la teoría y la investigación formas para controlar la agresión?

¿LA CATARSIS?

"A los jóvenes se les debe enseñar a ventilar su ira". Así lo aconsejó Ann Landers (1969). Si una persona "acumula su ira, tenemos que encontrarle una salida. Tenemos que darle la oportunidad de dejar escapar la presión". Así lo aseveró el prominente psiquiatra Fritz Perls (1973). Ambas aseveraciones suponen un "modelo hidráulico", es decir, una energía agresiva acumulada que, como agua represada, necesita una salida.

El concepto de catarsis usualmente se adjudica a Aristóteles. Aunque en realidad Aristóteles nada dijo respecto a la agresión, sí sostuvo que podemos "purgar" nuestras emociones experimentándolas y que, por consiguiente, la observación de las tragedias clásicas permitía que la catarsis ("purga") de pena y de temor tuviera lugar. Él creía que exaltar una emoción equivalía a liberar esa emoción (Butcher, 1951). La hipótesis de la catarsis se ha extendido hasta incluir la liberación emocional, que supuestamente se obtiene no sólo al observar un drama sino también por medio del recuerdo y la vivencia de los eventos pasados, de la expresión de las emociones sobre de diferentes hechos.

Al suponer que el acto agresivo o la fantasía drenan la agresión acumulada, algunos terapeutas y líderes grupales animan a las personas a que ventilen la agresión reprimida representándola abiertamente, por ejemplo, golpeándose mutuamente con bates de espuma, o golpeando la cama con una raqueta de tenis y gritando. Algunos psicólogos aconsejan a los padres que animen a sus hijos a liberar la tensión emocional por medio del juego agresivo. Muchos estadounidenses están de acuerdo con esta idea, lo que queda reflejado en que en una proporción cercana a 2 de 1 aprueben la siguiente afirmación: "Los materiales sexuales ofrecen una salida para los impulsos acumulados" (Niemi y cols., 1989). Sin embargo, por otra parte algunas encuestas nacionales revelan que la mayoría de los estadounidenses también están de acuerdo en que "los materiales sexuales hacen que las personas cometan violaciones". ¿Es pues la catarsis un abordaje válido o no lo es?

Si la observación de material erótico permite una salida para los impulsos sexuales, entonces las personas deberían a continuación experimentar un deseo sexual disminuido y la probabilidad de que los hombres vieran y trataran a las mujeres como objetos sexuales tendrían que ser menor. Pero los experimentos demuestran que lo opuesto es cierto (Kelley y cols., 1989; McKenzie-Mohr y Zanna, 1990). Es algo cercano al consenso entre los psicólogos sociales en cuanto a que la catarsis no se presenta como Freud, Lorenz y sus seguidores suponían (Geen y Quanty, 1977). Por ejemplo, Robert Arms y sus asociados reportan que los espectadores de fútbol, lucha y hockey canadienses y estadounidenses manifiestan una *mayor* hostilidad después de observar el evento que antes (Arms y cols., 1979; Goldstein y Arms, 1971; Russell, 1983). Ni siquiera la guerra parece purgar los sentimientos agresivos. Después de una guerra la tasa de asesinatos de una nación tiende a aumentar (Archer y Gartner, 1976).

En las pruebas de laboratorio sobre la hipótesis de la catarsis, Jack Hokanson y sus colegas (1961, 1962a, b, 1966) encontraron que cuando a un grupo de estudiantes de la Universidad Estatal de La Florida se le permitía contraatacar a alguien que lo había provocado, su excitación (medida por medio de la presión sanguínea) regresaba más rápidamente a lo normal. Pero este efecto calmante de la represalia se presenta solo en circunstancias específicas, es decir, cuando el objetivo es el agresor real y no un sustituto. Por otra parte, la represalia debe ser justificable y el objetivo no intimidante, de tal manera que la persona no se sienta posteriormente culpable o ansiosa.

¿Reduce esa agresividad la agresión posterior? En algunos experimentos, agredir ha conducido a un aumento en la agresión. Ebbe Ebbesen y sus coinvestigadores (1975) entrevistaron a 100 ingenieros y técnicos estando enardecidos, poco después de haber recibido la noticia de su despido. A al-

Ha llegado la hora de traspasar con una bala, el corazón de la hipótesis de la catarsis. La creencia de que observar la violencia (o ventilarla) libera de las hostilidades virtualmente nunca ha sido apoyada por la investigación.

Carol Tavris (1988, pag. 194)

“Quien da paso a los ademanes violentos aumentará su ira”.

Charles Darwin, *La expresión de la emoción en el hombre y los animales*, 1872

gunos se les hicieron preguntas que les daban la oportunidad de expresar su hostilidad contra su empleador o supervisor, por ejemplo, “¿Qué ejemplos pueden recordar en los que la compañía no fue justa con usted?”. Después de lo anterior, repondieron a un cuestionario que evaluaba las actitudes hacia la compañía y hacia el supervisor. ¿Redujo la hostilidad la oportunidad previa para “ventilarla” o “drenarla”? Por el contrario, la hostilidad aumentó. Manifestar la hostilidad generó más hostilidad.

¿Le suena esto familiar? Recordemos del capítulo 4, que los actos crueles engendran actitudes crueles. Más aún, como destacamos al analizar los experimentos de obediencia de Stanley Milgram, pequeños actos agresivos pueden generar su propia justificación. Las personas degradan a sus víctimas racionalizando así la agresión adicional. Incluso si en ocasiones las represalias logran reducir la tensión (a corto plazo), a largo plazo reducen las inhibiciones.

¿En consecuencia, deberíamos almacenar la ira y los impulsos agresivos? Enfurrñarse silenciosamente no es mucho más efectivo porque no nos permite más que continuar rumiando nuestras quejas a medida que mantene-mos diálogos imaginarios. Afortunadamente, hay formas no agresivas de expresar nuestros sentimientos y de hacer saber a los demás cómo nos afecta su comportamiento. De una cultura a otra, quienes transforman un mensaje acusatorio dirigido a “usted”, en un mensaje dirigido a “mi”, por ejemplo, “Me siento con ira”, o “Cuando usted habla así me siento molesto”, comunican sus sentimientos de una forma que facilita a la otra persona el poder responderle positivamente (Kubany y cols., 1995). Podemos ser firmes sin ser agresivos.

Enfoque

Un investigador clínico examina la catarsis

John Bradshaw, en su *best-seller*, *El regreso a casa: la reivindicación y defensa del niño interior* (*Homecoming: Reclaiming and Championing Your Inner Child*), da detalles de varias de sus técnicas imaginativas: pedir perdón al niño interior, separarse de uno de sus padres y encontrar al otro, o como Jesús, halagar al niño interior o escribir la historia de la propia niñez. Estas técnicas tienen el nombre de catarsis, es decir, el compromiso emocional con los eventos pasados cargados de trauma. La catarsis es algo magnífico de experimentar e impresionante de contemplar. Llorar, enfurecerse con los padres muertos hace mucho tiempo, abrazar al niño herido que una vez fuimos, son todas cosas conmovedoras. Tendría uno que ser de piedra para no llegar a las lá-

grimas. Después, durante horas, puede quedar una sensación de limpieza y tranquilidad, quizás por primera vez en años. Despertarse, comenzar de nuevo y partir una vez más, tienen su atractivo.

La catarsis, como técnica terapéutica, ha perdurado durante más de cien años. Era uno de los pilares del tratamiento psicoanalítico, pero ha dejado de serlo. Su principal atractivo es el rescoldo que deja. Su principal inconveniente es que no hay evidencia de que funcione. Al enterarse de cuántas personas la ponen en práctica se oyen grandes alabanzas. Al enterarse de si algo cambia, la catarsis no sale muy bien librada.

Tomado de Martin E. P. Seligman, *Lo que usted puede y no puede cambiar: guía completa para la superación exitosa* (*What you can change and what you can't: The complete guide to successful self-improvement*), New York, Knopf, 1994, págs. 238-239.

UNA PROPUESTA DE APRENDIZAJE SOCIAL

Si el comportamiento agresivo es aprendido, entonces hay esperanza de que se pueda controlar. Revisemos brevemente los factores que influyen en la agresión y especulemos sobre cómo contrarrestarlos.

Las experiencias que nos producen aversión tales como las expectativas frustradas y los ataques personales nos predisponen a la agresión hostil. Así que es sensato abstenerse de sembrar expectativas falsas e inalcanzables en la mente de las personas. Las recompensas y los costos anticipados influyen en la agresión instrumental. Esto sugiere que deberíamos retribuir el comportamiento cooperativo y no el agresivo. Experimentalmente, los niños se vuelven menos agresivos cuando quienes los cuidan no tienen en cuenta su comportamiento agresivo y más bien refuerzan su comportamiento no agresivo (Hamblin y cols., 1969). Castigar al agresor sistemáticamente es menos efectivo. La amenaza de castigo es un disuasor de la agresión sólo en condiciones ideales, es decir, cuando el castigo es fuerte, rápido y seguro; cuando se combina con recompensas por el comportamiento deseado y cuando quien lo recibe no tiene ira (R. A. Baron, 1977). A falta de tal disuasión, puede presentarse la agresión. Lo anterior se hizo evidente en 1969, cuando la policía de Montreal entró en una huelga de 16 horas, y en 1992 cuando el cubrimiento por televisión desde un helicóptero, de los motines de Los Ángeles mostró áreas abandonadas por la policía. En ambos casos estallaron el saqueo y la destrucción, hasta que regresó la policía.

Sin embargo, existen límites para la efectividad del castigo. La mayor parte de la agresión mortal es impulsiva e intensa; es el resultado de una discusión, de un insulto o de un ataque. Siendo así, debemos *prevenir* la agresión antes de que ocurra. Debemos enseñar estrategias no agresivas para la resolución de los conflictos. Si la agresión mortal fuera únicamente fría e instrumental tendríamos la esperanza de que esperando a que ocurriera y posteriormente castigando severamente al criminal, se acabaría con tales actos. En ese contexto, los estados que imponen la pena de muerte pueden tener una tasa de asesinato más baja que los estados que no lo hacen. Pero en nuestro mundo de homicidios bajo el dominio de la ira tal cosa no es cierta (Constanzo, 1998).

El castigo físico también puede tener efectos colaterales negativos. El castigo es un estímulo que genera rechazo; sirve de modelo para el comportamiento que busca evitar. Además, es coercitivo (recordemos que raramente internalizamos las acciones coaccionadas por medio de justificaciones externas fuertes). Éstas son razones por las que los adolescentes violentos y los padres que maltratan a sus hijos proceden con tanta frecuencia de hogares en los que la disciplina tenía la forma de castigo físico severo.

Con el fin de propiciar un mundo más amable podríamos modelar y recompensar la sensibilidad y la cooperación desde una edad temprana, quizás entrenando a los padres para disciplinar sin violencia. Los programas de entrenamiento estimulan a los padres a que refuercen los comportamientos deseables y a elaborar los planteamientos de una manera positiva ("Cuando termines de limpiar tu cuarto puedes ir a jugar", en lugar de "Si no limpias tu cuarto quedas castigado"). Uno de los "programas para el remplazo de la agresión" ha reducido las tasas de arrestos por reincidencia entre los delincentes juveniles y miembros de pandillas enseñándole a los jóvenes y a sus padres destrezas de comunicación, entrenándolos a controlar la ira y aumentando su nivel de razonamiento moral (Goldstein y Glick, 1994).

"Fue en medio de las expectativas crecientes y del mayor, aunque inadecuado, gasto social que tuvieron lugar los motines de 1967 y 1968 en los Estados Unidos".

Jesse Jackson (1981)

Si observar modelos agresivos disminuye las inhibiciones y favorece la imitación, entonces también podemos reducir las representaciones brutales y deshumanizantes en las películas y en la televisión, pasos comparables con los que ya se han tomado para reducir las representaciones racistas y sexistas. También podemos vacunar a los niños contra los efectos de la violencia en los medios de difusión. Tras haber perdido la esperanza de que las cadenas de televisión alguna vez “enfrentarían los hechos y cambiarían su programación”, Eron y Huesmann (1984) enseñaron a 170 niños de Oak Park, Illinois, que la televisión representa al mundo de manera irreal, que la agresión es menos frecuente y efectiva de lo que sugiere la televisión y que el comportamiento agresivo es indeseable (a partir de la investigación sobre las actitudes, Eron y Huesmann animaron a los niños para que llegaran por sí mismos a estas conclusiones y a que atribuyeran las críticas que expresaban a sus propias convicciones. Al ser estudiados nuevamente dos años más tarde, estos niños estaban menos influenciados por la violencia en la televisión que los niños no entrenados.

Los estímulos agresivos también desencadenan agresión. Esto sugiere la reducción en la disponibilidad de las armas tales como las armas de fuego manuales. En 1974 Jamaica implementó un amplio programa contra el crimen que incluía un control estricto sobre las armas y la censura de escenas con armas de fuego en la televisión y el cine (Diener y Crandall, 1979). Al año siguiente, los robos a mano armada disminuyeron en un 25% y las heridas por arma de fuego no fatales, en un 37%. En Suecia, la industria de los juguetes ha descontinuado la venta de juguetes de guerra. El Servicio de Información Sueco (1980) expresa la actitud nacional: “Jugar a la guerra significa aprender a resolver las disputas a través de medios violentos”.

Sugerencias como éstas pueden ayudarnos a minimizar la agresión. Pero teniendo en cuenta la complejidad de las causas de la agresión y la dificultad para controlarlas, quién puede sentir el optimismo expresado en el pronóstico de Andrew Carnegie de que en el siglo XXI, “Matar a un hombre será considerado tan repugnante como hoy en día consideramos repugnante el comerse uno”. Desde que Carnegie pronunció estas palabras en 1900, unos 200 millones de seres humanos han sido asesinados. Constituye una triste ironía que aunque hoy entendamos más que nunca la agresividad humana, la inhumanidad de la humanidad difícilmente ha disminuido.

Resumen

¿Cómo podemos minimizar la agresión? A diferencia de lo que sostiene la hipótesis de la catarsis, expresar la agresión genera con más frecuencia más agresión en lugar de reducirla. La propuesta del aprendizaje social sugiere el control de la agre-

sión contrarrestando los factores que la provocan, es decir, reduciendo los estímulos que producen aversión, premiando y presentando modelos de no agresión y favoreciendo reacciones incompatibles con la agresión.

P POST SCRIPTUM PERSONAL: LA REFORMA DE UNA CULTURA VIOLENTA

Apreciado señor Clinton:

Quiero que pare las muertes en la ciudad. La gente está muerta y creo que alguien podría matarme. Así que podría por favor hacer que la gente no muriera más. Le estoy pidiendo amablemente para que esto pare. Yo sé que usted puede hacerlo. Hágalo. Yo sé que podría. Su amigo, James.

Lo anterior fue escrito por James Darby de 9 años de edad desde Nueva Orleans el 29 de abril de 1994. El 8 de mayo James murió por un disparo hecho desde un automóvil en marcha, convirtiéndolo en un dato más de la montaña estadística. En 1960, los Estados Unidos (aquí ofrezco disculpas a los lectores de otros lugares, pero los estadounidenses tenemos un problema especial con la violencia) tenían 3.3 agentes de policía por cada víctima de crímenes violentos reportada. En 1993, teníamos 3.5 crímenes por cada agente de policía (Walinsky, 1995). Desde entonces la tasa de criminalidad ha disminuido ligeramente, gracias en parte, a la detención de cinco veces más personas hoy en día que en 1960 y a la disminución temporal en la población de jóvenes de sexo masculino entre 15 y 25 años. Incluso en mi pequeño campus, que en 1960 no necesitaba policía universitaria, hoy tenemos contratados seis agentes de tiempo completo y siete de medio tiempo y ofrecemos un servicio nocturno de transporte regular alrededor de la universidad para los estudiantes.

Abundan las ideas para la protección personal:

- Comprarse un arma para protección personal (tenemos... 211 millones de armas... lo que nos coloca en un riesgo tres veces más alto de ser asesinados, por lo general, por un miembro de la familia, y en un riesgo cinco veces más alto de suicidio [Taubes, 1992]. Más sensato sería seguir las políticas sobre el desarme doméstico de las naciones más seguras).
- Construir más prisiones (lo hemos hecho, pero hasta hace muy poco el crimen continuaba en aumento).
- Imponer la exigencia de “tres golpes y quedas fuera”, de cadena perpetua para los convictos de tres crímenes violentos (¿pero en realidad estamos listos para pagar por todas las nuevas cárceles y hospitales carcelarios y hogares para ancianos que necesitaríamos para albergar y cuidar a los antiguos y seniles antisociales?).
- Disuadir del crimen brutal y eliminar a los peores delincuentes como lo hacen Irán e Irak, ejecutándolos. Para mostrar que matar a las personas está mal, matar a las personas que matan personas (sin embargo, casi todas las ciudades y estados que tienen los doce lugares más altos en tasas de crímenes violentos ya han instaurado la pena capital. Puesto que la mayor parte de los homicidios son impulsivos o se cometen bajo la influencia de las drogas o el alcohol, los asesinos raramente calculan las consecuencias).

Algo que importa más que la severidad del castigo, es su certeza. El Consejo de Investigación Nacional (1993) reporta que un aumento en el 50% de la probabilidad de ser detenido y puesto en prisión reduce la posibilidad de que se cometan crímenes subsiguientes, con el doble de efectividad que

aumentar al doble el tiempo en prisión. Aun así, el director del FBI, Louis Freeh (1993) es escéptico respecto a que el castigo más severo y más rápido sea la mejor respuesta: "El aterrador nivel de anarquía que nos ha invadido como una plaga, es más que un problema de refuerzo de la ley. El crimen y el desorden que provienen de la pobreza sin esperanza, de los niños sin afecto y del consumo de drogas, no pueden ser solucionados simplemente con prisiones sin fondo, condenas obligatorias y más policía". Reaccionar frente al crimen después de que éste se presenta, es el equivalente social de las curitas en el cáncer.

Una propuesta alterna queda sugerida en el cuento del rescate de una persona que se está ahogando en un río torrentoso. Después de haberle prestado con éxito los primeros auxilios, quien la ha rescatado detecta a otra persona luchando y también la saca. Después de seis veces que ocurre lo mismo, el que ha hecho los rescates súbitamente se da la vuelta y empieza a correr mientras el río arrastra a una persona más que lucha por mantenerse a flote. "¿No va a rescatar a ese?", pregunta un observador. El otro contesta, "Ni hablar, voy corriente arriba a averiguar qué es lo que está haciendo que esta gente caiga al río".

Para estar seguros necesitamos policía, cárceles y trabajadores sociales para que nos ayuden a manejar la patología social que nos aqueja. Está bien matar los mosquitos, pero mejor si podemos drenar los pantanos; revisando nuestra cultura, desafiando las toxinas sociales que corrompen a la juventud y renovando las raíces morales del carácter.